



LA SENDA DEL APRENDIZAJE
EN LATINOAMÉRICA:
OPCIÓN MORAL

Farzam Arbab





© Farzam Arbab
Todos los derechos reservados

Segunda edición
Junio 2008





LA SENDA DEL APRENDIZAJE
EN LATINOAMÉRICA:
OPCIÓN MORAL

Farzam Arbab







AGRADECIMIENTOS

Son tantas las personas que han contribuido a la elaboración de las ideas aquí presentadas que sería difícil nombrarlas al ofrecerles mis agradecimientos sinceros. Es preciso sí hacer expreso mi más profundo reconocimiento a Francia Torné de Valcárcel, sin cuya colaboración no hubiera sido posible escribir este ensayo.





PRÓLOGO

Cuando asumí el compromiso de escribir un prólogo al ensayo *La Senda del Aprendizaje en Latinoamérica: Opción Moral*, era consciente de la responsabilidad de la tarea. No se me escapó, sin embargo, un punto que dificulta la labor y es el de encontrar el tono adecuado para presentar a quien además de guía y maestro ha sido, ante todo, un amigo cabal. Surgen en mi memoria reminiscencias de mis días de estudiante cuando escuchaba de labios del doctor Farzam Arbab, que estaba en aquella época embarcado en la muy azarosa empresa de crear un centro de excelencia científica en nuestro país, no sólo las bases de la mecánica cuántica, en el salón de clase, sino también las enseñanzas relacionadas con una nueva visión de la naturaleza trascendental del hombre y su inevitable relación con la realidad, en numerosas y desafiantes conversaciones que sosteníamos al margen de las clases. Recuerdo mis primeras y definitivas impresiones sobre el autor de este ensayo, especialmente su profunda dedicación a la Causa a la que había decidido consagrar su vida y que había sido la razón fundamental para abandonar una muy promisoriosa carrera como físico teórico en uno de los grandes laboratorios de investigación de los Estados Unidos y, sobre todo, su firme convencimiento en la nobleza inherente al ser humano y su capacidad de elevarla a las más grandes alturas.

A lo largo de más de 20 años, he sido testigo directo de la trayectoria que llevó al doctor Arbab a convertirse en un



conocedor del tema del desarrollo y el bienestar de las masas latinoamericanas. Su camino no ha sido el de la mera intelectualidad, y con esto no pretendo negar la luz que una mente potente, sagaz y creativa le ha aportado en una senda sembrada de grandes y desafiantes dificultades, sino principalmente el de un genuino aprendizaje sobre las maneras adecuadas de lograr el avance de las masas de nuestro país y en general del continente. Fundaec, Celater, cerca de 80 textos del Sistema de Aprendizaje Tutorial de Fundaec, algunos ensayos donde se describen las características de esas tres empresas, son obras asociadas con el autor de este texto y que, junto con el efecto positivo que han tenido en la vida de tantos miembros de mi generación, atestiguan su entrega y su amor por los pueblos de América Latina.

El presente ensayo, a la vez que describe breve y objetivamente los puntos más significativos de la trayectoria de Farzam Arbab en nuestro país, presenta las conclusiones básicas a las que ha llegado a través del arduo y continuo trabajo de más de 20 años.

Arbab afirma que su fe en Latinoamérica y en su potencial para lograr una transformación que contribuya a la construcción de una nueva sociedad global se fundamenta en su percepción del surgimiento en el seno de la sociedad latinoamericana de un nuevo actor social, creciente en número, de procedencia heterogénea con una gran urgencia de transformación social, fuertemente comprometido con el logro de sus ideales y caracterizado por trabajar estrechamente con los sectores populares. Sostiene que de la unión de estos nuevos actores sociales puede surgir una gran fuerza social, unión que precisa, sin embargo, de “profundos cambios previos en las actitudes, las percep-

ciones y las posiciones teóricas”. El objetivo general del ensayo es analizar la dirección de algunos de esos cambios y la apreciación de los logros y desafíos del mencionado grupo de actores.

Los cambios propuestos en el ensayo los enmarca el autor dentro de dos ideas: la búsqueda de nuevas estructuras y la generación y aplicación del conocimiento. Para ilustrar la magnitud de los desafíos estructurales Arbab analiza el desequilibrio urbano-rural en Latinoamérica y la necesidad de lograr cambios profundos en las políticas, procesos y estructuras relacionadas con el campo y la ciudad. Los argumentos que presenta no son fruto de un romanticismo acerca de la vida rural sino que surgen de la búsqueda realista de opciones dignas para los millones de campesinos cuya única opción parece ser ahora la de migrar a los tugurios de las ciudades. Esta búsqueda implica la creación de estructuras e instituciones locales y regionales que no existen actualmente en ninguna parte del mundo, pues la falsa y forzada modernización arrasó con las antiguas estructuras y organizaciones campesinas sin reemplazarlas por otras más apropiadas.

Para el desarrollo de sus argumentos Arbab apela fuertemente a su propia experiencia, sobre todo en relación con la operacionalización de los conceptos de la Universidad Rural y con sus estudios acerca del crecimiento de las organizaciones de la sociedad civil en Latinoamérica. Así, logra presentar con autenticidad las sutilezas de los procesos de cambio estructural, en términos que evitan la acostumbrada reducción de todo a la mera cuestión acerca de quién controla el poder político y económico.

Sin embargo, lo más significativo de este ensayo es que no describe la crisis institucional del continente, y de hecho



de la sociedad entera, simplemente en términos de unas pocas causas inmediatas, sino en el contexto de una crisis mucho más profunda en los procesos de generación y aplicación del conocimiento. Sin caer en un cientifismo trivial, considera indispensable que el nuevo actor social pueda distinguir si a una idea que se difunde es su validez científica la que le da fuerza, o son las modas, la propaganda, los intereses de grupo, la discusión fanática y finalmente el poder político y económico los factores que determinan su éxito. Arbab invoca una verdadera actitud de aprendizaje, “de crítica pero dentro de los límites de la humildad, de total cuestionamiento pero sin menoscabo del respeto a los demás, de razonamiento vigoroso pero sin olvidar los requerimientos de la compasión y la justicia, de búsqueda del camino de la libertad pero sin tornarse pretencioso y sin llenarse de vanagloria”. Afirma que tal actitud de aprendizaje es un imperativo moral para la transformación de la sociedad latinoamericana y recalca que los sujetos de aprendizaje deben ser en primer término las propias masas y no tan solo minorías selectas de intelectuales y de líderes políticos y económicos. Los actores sociales, a quienes este ensayo está dirigido, deben entonces convertirse en verdaderos facilitadores del aprendizaje entre los sectores populares.

De alguna manera puede sorprender al lector que temas del aprendizaje se presenten en el ensayo bajo cuatro categorías: Tecnología, Ciencia, Valores y Religión. Sin embargo, a medida que los argumentos de cada sección se concatenan unos con otros, va apareciendo una imagen bien definida y empieza a surgir un análisis novedoso pero convincente de las posibilidades de América Latina. Pienso que, dada la calidad de las ideas expresadas en el escrito, expuestas además en el

contexto del testimonio personal de alguien que ha dedicado la mayor parte de su vida a procurar el avance de los pueblos latinoamericanos, *La Senda del Aprendizaje en Latinoamérica: Opción Moral* debería convertirse en referencia para todos aquellos actores sociales cuyo surgimiento en el continente ha impulsado al autor a explorar nuevas direcciones de desarrollo para sus pueblos.

Jairo Roldán Ch., Ph.D.

Profesor Titular, Departamento de Física

Facultad de Ciencias, Universidad del Valle

Cali, Colombia.



I

Un Nuevo Actor Social

Los estrechos lazos del afecto no se limitan a relaciones entre personas; hay también otras manifestaciones del amor como, por ejemplo, los sentimientos profundos por la tierra, o los lazos indisolubles que suelen surgir entre el individuo y un pueblo entero. Cuando hago un repaso de los 19 años de mi vida en Colombia que han contribuido tanto a mi formación, aflora en mí un cúmulo de sentimientos, pero creo que de todos ellos es el amor el que mejor explica mi apego a Latinoamérica y mi esperanza en el futuro de sus pueblos. Lo extraño es que nunca he sido dado a alimentar nociones románticas ni mis sentimientos podrían ser fruto de ese manejo de emociones que a veces se hace para fomentar el patriotismo. Tal influjo lo tuve hace tiempo donde nací en Irán, pero pronto aprendí que un patriotismo sano debía manejarse en un contexto de lealtad hacia toda la raza humana. Mi compromiso con Latinoamérica no se fundamenta, entonces, en emociones superfluas; más bien está basado en una rica vivencia y en el haber compartido con muchos una visión de transformación que estoy seguro contribuirá significativamente a la construcción de una nueva sociedad global.

En el centro de este convencimiento que no quisiera que sonase a retórica, está la percepción de que en el seno de la historia latinoamericana está surgiendo un grupo heterogéneo

de actores sociales que crece rápidamente de una generación a otra. Los integrantes de este grupo se salen de los esquemas convencionales y no pueden categorizarse fácilmente por procedencias de clase o por divisiones tradicionales de ideología política. En su mayoría son personas que han podido aprovechar ciertas ventajas de la sociedad, especialmente la educación, y que han tenido alguna participación en los arreglos institucionales de sus países y los beneficios que éstos ofrecen. Muestran en sus pensamientos un alto grado de desarrollo intelectual pero no parece adecuado rotularlos meramente como intelectuales, definitivamente no en la concepción académica tradicional. Aunque todavía no son mayoría en los grupos a los cuales pertenecen, ya su número se ha vuelto significativo en muchas capas, sectores y gremios de la sociedad. Pueden ser ellos profesores, estudiantes, religiosos, administradores o agentes de cambio de las organizaciones oficiales y no gubernamentales, líderes y trabajadores comunitarios, profesionales y técnicos de distinta índole, hombres y mujeres, remunerados o voluntarios.

Sus distintivos principales son, por una parte, la urgencia que sienten de la necesidad de una profunda transformación social y la dedicación con que trabajan para alcanzar sus ideales. Por otra parte, han escogido como elemento fundamental de sus enfoques el trabajo estrecho con los sectores populares, compartiendo con ellos el protagonismo en los procesos de cambio. Parece entonces ser que al unirse grupos que tradicionalmente han estado alejados, pudiera surgir una enorme fuerza social. Sin embargo, hay que admitir que la base de tal relación es todavía muy tenue y que para llegar a cristalizarse una verdadera integración tendrían que producirse profundos

cambios tanto en el nivel de las actitudes como en el de las percepciones y posiciones teóricas. La dirección de algunos de estos cambios al igual que una apreciación de los logros y desafíos de este grupo de actores sociales es lo que pretendo analizar en estas páginas.

Concepciones Erróneas Sobre los Pueblos

Para empezar, la misma percepción acerca de las masas latinoamericanas se ha configurado alrededor de supuestos que simplemente no son adecuados. Cuando, en los años cincuenta, los planes de desarrollo de los países que entonces se llamaban atrasados se introdujeron en forma sistemática en muchos de ellos, fueron la modernización, la industrialización y el crecimiento económico los que demarcaron los rumbos principales de casi todos los esfuerzos. Pero detrás del discurso económico de formación de capital, de organización del trabajo, de ahorro y de gastos públicos, siempre había una apreciación ligera de los pueblos: en el puro fondo de la concepción de la pobreza de un país, aparecía la imagen de un pueblo atrasado. Aunque los detalles que describirían ese atraso podían variar, en muy poco diferían las posturas básicas de las tendencias ideológicas reinantes.

Es indiscutible que para que haya progreso deberán darse cambios profundos en el individuo y en las estructuras sociales, pero es inaudito crear imágenes de pueblos enteros con base en una división simplista entre lo moderno, por definición siempre bueno, y lo tradicional, obstáculo al progreso. Fue así como en la lista de enemigos del desarrollo, al lado de factores como la opresión o la ineficiencia, aparecieron rasgos culturales

como los fuertes y extensos lazos familiares, la valoración de las relaciones humanas sobre aquéllas dictadas por los mandatos del crecimiento económico, el no querer sacrificar en aras de la eficiencia productiva las experiencias cotidianas destinadas al goce del calor humano, y todos aquellos conceptos religiosos que llevaban a menospreciar las banalidades del mundo y a buscar la trascendencia espiritual. Los protagonistas del desarrollo serían, de acuerdo con estas ideologías, o bien un individuo competitivo, trabajador incansable, emprendedor, acumulador de bienes, cuya mayor motivación sería el aumento de sus ingresos, o un individuo politizado con una conciencia de clase bien desarrollada, dedicado a la lucha y decidido a ganar, por todos los medios posibles, el conflicto con quienes percibía en algún momento como enemigos del pueblo. Naturalmente que ni el excesivo individualismo del primero ni la consagración al conflicto del segundo perseguían solamente el beneficio personal. De manera mágica, dichos individuos en su totalidad generarían enormes fuerzas sociales que modernizarían los países atrasados y traerían bienestar para todos. En los altares de estas dos posiciones acerca de la naturaleza y el destino del hombre se ha sacrificado por décadas la vida de los pueblos latinoamericanos.

El Ejemplo del Campesinado

Uno de los logros de este creciente grupo de actores sociales latinoamericanos al cual estoy refiriéndome es haber andado ya un largo trecho en un esfuerzo por superar estas divisiones nocivas. Pero aún así, pienso que faltan darse todavía unos últimos pasos definitivos, y que liberarse completamente de

posiciones ideológicas gastadas es en este momento de la historia uno de nuestros desafíos más grandes. Para ilustrar estos argumentos vale la pena reflexionar, como ejemplo, sobre la evolución de la visión que se ha tenido del campesino.

Cuando se iniciaron los esfuerzos de desarrollo tomando el modelo de los países industrializados como la panacea, existía ya dentro de las corrientes de pensamiento impulsadas por la mayoría de las agencias internacionales y los gobiernos, la imagen de un campesino ignorante, supersticioso, algo perezoso, que poco contribuiría al crecimiento económico. Se asumía que era posible trasladar hasta la mitad de los campesinos a las zonas industriales sin que se afectara para nada la producción de alimentos, ya que gran parte de las actividades de dichas gentes carecían de importancia productiva. Luego se decía con benevolencia que aunque los países subdesarrollados no poseyeran mucho capital, en sus campesinos había latente una fuente inmensa de capital, que podría aprovecharse si se cambiaba su destino al de obreros, y eventualmente al de trabajadores más calificados. Las primeras etapas de migración del campo a la ciudad que hoy tanto se lamenta no fueron entonces accidentes históricos; fueron impulsadas y aplaudidas por los primeros planes de desarrollo.

Los pioneros de la Revolución Verde a principios de los años sesenta tuvieron que luchar contra esa concepción y hay que admitir que dieron pasos importantes en refutar los argumentos de los pensadores anteriores. Con fuerza y vigor señalaban que el problema no estaba en el campesino sino en el estado de arte de su tecnología que había alcanzado su equilibrio a un nivel bajo de producción. Dentro de este equilibrio él utilizaba todos los factores disponibles con eficiencia. El

problema era entonces de tecnología y conocimiento campesinos y la respuesta radicaba en la transformación de la agricultura tradicional y la introducción de nuevos factores recomendados por la ciencia moderna agrícola. Se celebró así la idea de que el campesino también era racional, puesto que tomaría sus decisiones importantes de acuerdo con las posibilidades que le brindaban de mejorar sus ingresos. Él también pertenecía a la especie homoeconómica.

Pero las cosas no fueron avanzando como se pensaba. A pesar de los logros de la Revolución Verde, especialmente en el indispensable aumento de la producción de alimentos, se veía que la brecha entre los campesinos pobres y los agricultores prósperos crecía cada vez más. Se comprobaba que, con algunas excepciones, los que aprovechaban la nueva tecnología no eran precisamente los campesinos que conformaban el grueso de la población mundial. Se fueron de esta manera ampliando los programas; mejores formas de crédito, asociaciones cooperativas, trabajos con sistemas de producción en vez de tecnologías puntuales, se combinaron de distintas formas para alcanzar mejores resultados. La ampliación de los programas llegó incluso a abarcar aspectos distintos a los productivos. Poco a poco se entró a considerar otros elementos como la salud, la nutrición, la educación, la organización comunitaria y llegó a formularse el concepto de desarrollo integral como una mezcla de intervenciones, algunas veces fragmentadas, en los diversos aspectos de la vida rural.

Aunque fuera loable este avance conceptual que al reconocer las diversas dimensiones de su vida creó una imagen más real del campesino, quedó reforzado un prejuicio que continuaba limitando las posibilidades de un verdadero desarrollo. Sin

un esfuerzo consciente por vencer este prejuicio se cae fácilmente en el error de ver las poblaciones rurales como un conjunto de problemas, tan sólo como personas agobiadas por la desnutrición, la falta de saneamiento ambiental, un bajo nivel de educación formal, viviendas inadecuadas y poco acceso a la tecnología moderna y a los mercados. El desarrollo, entonces, contemplaría sólo la entrega a estas poblaciones marginadas de los procesos históricos de modernización de paquetes integrales de servicios. El hecho de haber reconocido la importancia de la participación del campesino en la solución de sus propios problemas y de enfatizar que esta entrega hay que hacerla mediante métodos participativos, haría poco para corregir las fallas fundamentales de tal enfoque, fruto de una visión defectuosa del campesinado.

Tampoco podría pretenderse que en las otras perspectivas ideológicas la posición del campesino fuera inicialmente distinta. De acuerdo con las teorías que se inspiraban en el materialismo histórico, el campesinado estaba destinado a desaparecer para volverse proletariado y participar en la lucha de clases con el propósito de efectuar los cambios estructurales deseados. Sin embargo, en aquéllos que se fueron a trabajar con los campesinos y se involucraron en sus vidas, esta visión simplista también hizo crisis. Las ideas fueron cambiando y ampliándose hasta que se lograron avances importantes como un entendimiento más profundo de los modos de producción campesina, de su racionalidad, de su cultura, y de las crisis que tanto sus procesos productivos como sociales y culturales estaban enfrentando.

Pero acompañar al campesino en sus tremendas luchas no ha resultado fácil a pesar de estos avances significativos

en la comprensión de la realidad de su vida. Aunque finalmente se superó ese romanticismo por todo lo que fuera nativo, tradicional, pequeño y artesanal, la tensión entre una justificada postura de defensa del campesino y el deseo de incorporarlo a la sociedad mayor nunca llegó a resolverse de manera satisfactoria. Es así como, aun dentro de excelentes programas de educación que en forma creativa despiertan la conciencia del campesino acerca de su propia identidad, de la necesidad de participar en la creación de cultura y en la lucha por escoger opciones reales para su progreso, se halla incorporada una dosis desproporcionada de sentimientos de rechazo y agresividad hacia toda una serie de componentes de la sociedad que llegan a ser vistos en un momento dado como enemigos del campesino. El problema es que al consolidarse estos sentimientos su dominio se expande, y pronto, aun las relaciones al interior del campesinado comienzan a sufrir el mismo deterioro que invade a un pueblo cuando se acepta el conflicto como la ley natural que rige sus proyectos y determina su progreso.

La Trampa de las Divisiones Simplistas

Algo que aprendí durante los años de mi vida en Colombia de percepciones cambiantes como las que he mencionado acerca del campesino, es que es demasiado fácil caer en esa trampa de las divisiones simplistas del mundo: opresores y oprimidos, ricos y pobres, redimidos y condenados, modernos y atrasados, los de iniciativa individual y los perezosos, toda esa serie de términos contrapuestos que se utilizan para motivar a la gente a participar en los proyectos de quienes

manejan los intereses de alguna empresa, alguna clase, alguna secta, algún gobierno o alguna ideología política. Pero es interesante ver también las posiciones intelectuales frente a dichas clasificaciones. Los que las impulsan entienden bien a fondo que son clasificaciones peligrosas; conceptualizan y escriben sobre los problemas de la complejidad que encierran los procesos sociales. Sin embargo, al pasar al plano de las acciones en programas de educación, de concientización, de desarrollo integral o como se les llame, se ignora este tipo de análisis, y lo que rige finalmente son las percepciones simplistas moldeadas por emociones que surgen en el afán de aprovechar las oportunidades del momento. Se ha hablado mucho de la necesidad de liberar las masas del yugo de la opresión. ¿No será también necesario que quienes impulsan el cambio se liberen de las tradiciones intelectuales que son fruto de conflictos, de acciones y reacciones de unos pocos miles de años de la historia, que no representan sino la edad de la niñez de la raza humana en una evolución colectiva que se acelera cada vez más? Y ojalá en este proceso nos despojemos también de esa creencia nociva de que el entendimiento de la complejidad es dominio de las élites y que a las masas hay que entregarles sólo lo que es en su esencia simple y a la larga nada más que propaganda. Se supone, por un lado, que ellos deben ser los sujetos sociales que protagonicen el cambio, pero por otro lado, inconscientemente y aun con buena intención, se les continúa manipulando por no querer entrar a examinar con ellos los verdaderos desafíos que enfrenta toda la raza humana en su tarea trascendental de crear una nueva sociedad.

Apreciaciones Sobre la Naturaleza del Hombre

A medida que fui participando en esfuerzos de desarrollo en Colombia y luego de dedicar algunos años al estudio de los distintos enfoques y organizaciones que impulsan el cambio social en el continente, fueron reafirmando en mí ciertos principios que ya había adquirido en los espacios de educación religiosa desde la temprana edad. Aunque entiendo que los principios en sí mismos no son suficientes y pienso tocar en estas páginas varios puntos de índole práctica, vale la pena mencionar aquí algunos de estos ideales que me han ayudado a participar en acciones sociales y a extraer de ellas lecciones provechosas. Al entrar en discusiones de esta naturaleza, asumo el riesgo de ser calificado de utópico. Pero quisiera señalar que si finalmente se acepta que las teorías y prácticas sociales vigentes están en crisis, sería un error tratar de desarrollar alternativas en el vacío, o con base en las mismas posiciones filosóficas que originalmente condujeron a las conclusiones que ahora consideramos equivocadas. Desafortunadamente, la discusión aquí de estos principios necesariamente será incompleta, pero esto no debe atribuirse a insuficiencia de las enseñanzas originales, sino al hecho de que en pocas páginas no se puede plasmar toda una perspectiva filosófica.

De acuerdo con esta perspectiva, hay que dejar de lado todas esas apreciaciones de la naturaleza humana que provienen de la imaginación o de datos insuficientes: el pecado original, el hombre como un ser inocente que la sociedad corrompe, el hombre que tiene toda la capacidad de convertirse en un dios, o el hombre determinado por las exigencias del organismo animal, en este caso más complejo y mejor desarrollado. Sin

mayores complicaciones se describiría al hombre en términos de dos aspectos complementarios de su naturaleza. Por un lado, está una naturaleza que se hereda de largos años de evolución animal y que debidamente refleja los atributos de esa condición. Muchos de esos atributos, que no son ni buenos ni malos en el animal, se deben trascender cuando se reconocen las verdaderas posibilidades de una naturaleza superior y se aspira a un nivel más elevado de existencia. Así, la actitud hacia la propia naturaleza física no debe ser de rechazo o culpabilidad pero tampoco se puede aceptar la vida animal como base apropiada para la constitución de la sociedad humana. El desafío es, entonces, superar las limitaciones impuestas por la existencia material que se define por las exigencias de la supervivencia, desarrollar las cualidades de una realidad superior y aprender a controlar los impulsos que provienen de la condición animal. Este reto es de cada ser humano en el nivel personal, pero también es una tarea colectiva de toda la raza humana en un proceso evolutivo que después de sus largas etapas físicas desemboca en una evolución espiritual.

La fuerza esencial que impulsa este proceso evolutivo, ahora sí consciente, es el conocimiento. Pero el saber hay que crearlo y recrearlo sobre el verdadero conocimiento de uno mismo, de las cosas que lo conducen a la degradación y las que lo llevan a la dignidad y la honra. Dentro de un sistema educativo que habría que construirse casi totalmente de nuevo, el hombre tendría la posibilidad de descubrir en sí mismo, aparte de sus necesidades y atributos materiales, cualidades como la nobleza, la libertad y la unidad. “Eres como una espada de excelente temple”, recuerdo haberlo escuchado desde que era niño “oculta

en la oscuridad de su vaina y cuyo valor está velado al conocimiento del artífice. Sal por tanto de la vaina del yo y del deseo para que tu valor se manifieste y resplandezca ante todo el mundo”.

Sin creer en esta nobleza que es inherente a su naturaleza, el hombre se paraliza. Surge la condición de aquéllos, por ejemplo, que desean paz y prosperidad para la humanidad, pero que creyendo en el fondo del corazón que el hombre es intrínsecamente egoísta y sólo capaz de bregar por sus propios intereses, viven en una pasmante contradicción trabajando en pos de metas que no saben con certeza si finalmente podrán alcanzar.

Por otra parte, la libertad que encontraría en el centro de su ser este hombre convencido de su propia nobleza no le llevaría a asumir como un derecho incuestionable el decir y hacer lo que le dicten sus impulsos personales. La verdadera libertad emana del reconocimiento de la unidad que rige la existencia, del hecho de estar conectado con los demás seres humanos y, en cierta manera, con el universo en su totalidad. La seguridad de que la naturaleza y los demás seres humanos no son los enemigos a los que hay que temer, vencer y aprovechar, sino que son partes de una totalidad armoniosa, constituye una base perdurable de la verdadera libertad. Así, las actitudes hacia la sociedad no serían expresiones de un individualismo desenfrenado o de una posición intransigente de grupo, sea ésta de clase, de raza, de sexo o de nacionalidad. Ni la competencia individual ni la lucha colectiva de unos contra otros señalarían el camino hacia la libertad. La inspiración más elevada sería contribuir a una civilización siempre en avance, pero no por exigencias externas sino por el deseo de cumplir con los postulados de la propia existencia.

Sobre la base de este saber hay que descubrir y acumular entonces aquellos conocimientos que conducen a la prosperidad. Esto, con el convencimiento de que el hombre tiene la capacidad de llegar a entender la prosperidad material no como un fin sino como un medio necesario para alcanzar aspiraciones más elevadas. Hay que rechazar aquellas posiciones que aprueban la pobreza en este mundo como condición necesaria para ganar el otro, pero también hay que tener cuidado de no caer en la trampa de esa ética que considera la riqueza personal como reflejo de la superioridad innata y aun como señal de las recompensas que se seguirán recibiendo por toda la eternidad. La prosperidad material sería sólo aceptable si cumple tres condiciones paralelas. Tendría que obtenerse como resultado de esfuerzos honestos, pero también tendría que gastarse generosamente en pos de ideales que propiciasen avances intelectuales y espirituales. Además, dicha prosperidad sólo debe permitirse si no da lugar a extremos de riqueza y de pobreza, y si contribuye al bienestar de la comunidad.

Pero hablar de conocimientos que conducen a la prosperidad no implica un apego irracional a la productividad material. De hecho, no hay ninguna razón para que de todos los procesos materiales, intelectuales y espirituales de la vida humana se resalte la producción material como lo básico, lo que determina todo lo demás. El materialismo histórico hace esto explícitamente pero también lo hacen las escuelas de economía occidental que, aunque no niegan la importancia de otros procesos, los relegan a planos secundarios para seguir la discusión de sus fórmulas económicas que ofrecen como salvación de la sociedad. Esta creencia en que sólo después de “llenarse el estómago” el hombre es capaz de pensar en aspiraciones más elevadas es simplemente errónea. Tal vez se

pueda defender en el contexto de una visión de la historia que es la de los elementos más agresivos de la raza humana que siempre la han dominado, pero no de un estudio de la historia de las masas sufridas de la humanidad. De nuevo, no se trata de justificar la pobreza; los medios materiales son necesarios y una civilización que siempre avanza implica el crecimiento continuo de estos medios. Sencillamente no se acepta que por ser necesario el producir y reproducir, la naturaleza humana esté determinada por las interacciones con el medio material. Que su comportamiento esté influido por estos procesos es algo obvio, pero que éstos sean los determinantes finales de la vida humana es una aseveración muy peculiar.

Transición a la Edad de Madurez

Los principios que someramente estoy tratando de esbozar serían inconsistentes si no estuvieran acompañados de un análisis de la actual crisis mundial. Sabiendo que no se están ofreciendo soluciones que deben buscarse en el quehacer de las ciencias sociales, sino ideales que pueden liberar en los hombres fuerzas constructivas, como punto de partida se sitúa esta crisis en el contexto de grandes procesos de integración y desintegración en una edad de transición. Todos los seres vivientes atraviesan en su vida diferentes etapas hasta llegar a grados más altos de madurez. El hombre individual pasa por los estados de embrión, de niño, de adolescente, de joven, para entrar a la plenitud de su vida. La humanidad como un todo también tiene que pasar por ciertas etapas hasta llegar a la madurez colectiva. Es razonable pensar que su historia

hasta hace unos pocos siglos no corresponda sino a la edad de la niñez y que los brotes de energías constructivas y destructivas de los últimos tiempos tengan una gran semejanza con lo que sucede en la adolescencia y la juventud. Sería entonces un error desesperarse por las inquietudes y reacciones virulentas de un adolescente y perder la visión de las perfecciones de un ser mayor. En una edad de transición, necesariamente tienen que destruirse aquellas estructuras, pensamientos, actitudes y comportamientos que simplemente no pueden satisfacer las exigencias de la edad de madurez. Así que forzosamente deban darse muchos procesos sociales, económicos y políticos, cuyo resultado no sea otra cosa que la desintegración. Pero esta es la desintegración de un mundo al que los líderes no dejan entrar a su nueva etapa de desarrollo, y por lo tanto, no puede estar libre de sufrimientos y dolor o del peligro de perder aun aquellos rasgos positivos que deben apreciarse y continuar en las siguientes etapas de crecimiento.

Pero en medio de esta devastadora destrucción se pueden detectar también procesos integradores que están llevando a la humanidad a la construcción de una nueva civilización mundial. Las estructuras nuevas de este orden, las cuales hay que construir sistemáticamente, no pueden plegarse a los deseos de grupos que quieran dominar a otros y aprovecharlo todo para sus propios intereses; tienen que ser manifestaciones de esa unidad básica que es inherente a la naturaleza humana. La unidad no quiere decir uniformidad ni su búsqueda es equivalente a perseguir una utopía de igualdad que contradice todos los principios que rigen la creación entera. Aunque hay que tener cuidado de no llevar la interpretación de las analogías al plano completamente literal, el cuerpo humano

propicia un modelo mucho más apropiado de una posible sociedad, que aquellos modelos que provienen de los caprichos y las limitaciones del hombre en la niñez. La base de la existencia de un individuo está en la cooperación entre los diferentes órganos y sistemas. Estos hacen funciones diferentes y reciben una atención diferente del cuerpo total. Pero a la vez todos están conectados, se alimentan, se complementan hasta el punto de que el dolor de la más pequeña parte llega a sentirse en todo el cuerpo. Claramente la analogía no hay que llevarla al punto de pensar en una sociedad donde sólo unos piensan y otros trabajan físicamente, el cerebro y las manos, pero el hecho de que el organismo más complejo de la evolución material tenga impreso el principio de unidad, dice mucho acerca de la sociedad, el organismo que lo sigue en complejidad en ese mismo camino de evolución. Sin embargo, es importante no confundir ese principio de unidad con ideas superficiales de compañerismo y fraternidad. La unidad del género humano de que se habla es algo que se debe edificar por medio de un cuidadoso y arduo trabajo; más que todo, implica abrirle al conocimiento espiritual y material nuevas fronteras, y requiere un cambio profundo y orgánico en la estructura misma de la sociedad humana.

Quisiera entonces enmarcar los argumentos restantes de estas páginas dentro de dos ideas: la búsqueda de nuevas estructuras y la generación y aplicación del conocimiento.

II

El Equilibrio entre lo Urbano y lo Rural

Para ilustrar los desafíos que acarrea la búsqueda de nuevas estructuras, voy a referirme a un cambio que, por décadas, ha requerido una atención más comprometida de los pueblos y gobiernos en todos los países latinoamericanos. De manera cada vez más apremiante, las condiciones del continente claman por arreglos más equilibrados entre lo urbano y lo rural y exigen que se abandonen las políticas, los procesos y las estructuras cuyo resultado final no ha sido más que el empobrecimiento del campo y el acrecentamiento de los problemas urbanos. Como se dijo antes, los que en los últimos siglos pusieron los cimientos de las ideologías políticas y económicas que hoy dominan el mundo presagiaron que los campesinos desaparecerían en un tiempo corto y que de hecho deberían hacerlo. Profecías de este tipo propician su propio cumplimiento ya que las políticas inspiradas en estas ideologías canalizan recursos hacia el desarrollo de grandes centros urbanos, y sistemáticamente destruyen la vida rural y el campesinado. Después de algún tiempo, no sólo se proyecta la desaparición de los campesinos en un futuro sino que se actúa como si ya no existieran. A lo sumo se les ve como productores de alimentos baratos que bajan los costos de la industrialización y se rehúsa diseñar políticas de desarrollo rural basadas en los intereses de los campesinos mismos.

Pero a pesar de todo esto, es un hecho histórico que después de dos o tres siglos de industrialización, los campesinos

no han desaparecido, constituyendo todavía la mayoría de la población del mundo. Inicialmente el colonialismo y luego las políticas de desarrollo han trasladado un fenómeno que era propio de las ciudades europeas como Londres y París a ciudades como Lima, México o Calcuta, y ahora parece que éstas son incapaces de superar sus tugurios y cinturones de miseria, pese a los esfuerzos de miles de instituciones y personas que incansablemente trabajan dentro de numerosos y variados enfoques de desarrollo. Creo, entonces, que un desafío grande de este grupo de actores sociales que tiene un compromiso serio con la transformación de nuestras sociedades, será el de promover por todos los medios posibles aquellos cambios que van creando una verdadera opción rural para los campesinos latinoamericanos. Pero para ello es preciso evitar la tentación de predecir el futuro y de especular acerca de que la humanidad vivirá en grandes metrópolis, con una tecnología tan avanzada que sólo un pequeño porcentaje producirá alimentos, tal como sucede ahora en algunos países. Aparte del hecho mismo de que estas cosas no son predecibles, lo que debemos hacer para nuestros pueblos en estos tiempos es buscar con ellos caminos viables de desarrollo. Mientras andamos estos caminos, es lógico pensar que por un largo espacio de tiempo una parte significativa de nuestras gentes deberá tener la posibilidad de desarrollar sus vidas con dignidad en las zonas rurales. Pero tal como vamos, la opción rural desaparece rápidamente sin que exista una alternativa urbana adecuada. Y las consecuencias de estas fallas estructurales no se ven sólo en la desnutrición, la mala salud, la alta tasa de mortalidad, el analfabetismo y la pobreza material rural y urbana; más dramáticamente, se ahonda día por día la desesperanza que invade las almas de los pueblos y que manifiesta sus efectos

más devastadores en la vida de toda una generación de jóvenes, en el campo y la ciudad.

Si uno de nuestros desafíos es, entonces, buscar verdaderas opciones rurales y lograr un equilibrio urbano-rural adecuado, debemos tener presente que no podemos limitarnos a abrir canales para llevar al campo recursos económicos, tecnológicos y de servicios desde los sectores modernizados. Hay que reconstruir el campo de acuerdo con concepciones apropiadas de lo que sería la aldea y la región rural en el contexto de los avances científicos y tecnológicos de toda una nueva era en la historia humana. Esta tarea implica una búsqueda de estructuras e instituciones locales y regionales que en este momento no existen en ninguna parte del mundo, porque un proceso de falsa y forzada modernización arrasó con las antiguas estructuras y organizaciones de las poblaciones campesinas sin que unas nuevas las hubieran reemplazado. Esta búsqueda de nuevas estructuras sociales apropiadas para una opción de vida rural está íntimamente relacionada con la participación y la democratización, temas que por largo tiempo han sido discutidos en los distintos espacios en que se mueve el grupo creciente de actores sociales en mención. Se conocen muy bien las dificultades que surgen al tratar de promover los procesos de participación en un vacío institucional y dentro de estructuras que no quieren o no pueden permitirlos. Vencer estos obstáculos ha sido un desafío permanente en Latinoamérica, en espera de avances significativos tanto de nivel teórico como metodológico.

Necesidad de Instituciones Locales

La mayoría de las intervenciones en el campo, provengan éstas de las agencias del gobierno o de organizaciones no gubernamentales, se han estructurado alrededor de dos tipos de acciones: la entrega de servicios, y la formación de grupos que de una forma u otra puedan interactuar con las fuerzas sociales que los afectan. Casi todas estas intervenciones se acompañan de algún tipo de capacitación, la cual, dependiendo del marco conceptual de las instituciones, puede contemplar desde el entrenamiento para recibir mejor un servicio, hasta una profunda concientización y educación que conduzcan a trabajar efectivamente en favor de los intereses del grupo.

Cuando se examinan distintos proyectos de servicio, de salud, de educación, de crédito o de asistencia técnica y extensión, se ve con facilidad lo inadecuado de los arreglos institucionales. Es así como de todo el complejo de instituciones de un país dedicadas a la investigación agropecuaria y al desarrollo de tecnologías, el campesino finalmente interactúa con un solitario agente de extensión. No se puede negar que el trabajo de este extensionista ha evolucionado mucho desde los tiempos en que se presentaba ante el campesino sólo para instruirlo y medir su desempeño posterior. Lo más seguro es que hoy día este agente tenga ideas claras acerca de los enfoques más participativos de educación y de formación de grupos, y conozca métodos más sofisticados de evaluación. Pero persiste el defecto fundamental de contentarse con esta forma de atender al campesino, cuando para lograr cambios más acertados se necesita, entre otras cosas, una propuesta de desarrollo institucional de la misma aldea y de la región

rural. Lo mismo se puede observar acerca de los servicios que ofrece el promotor de salud, el trabajador social y los muchos otros agentes que las instituciones de los países latinoamericanos envían a las poblaciones campesinas para realizar acciones puntuales. Siguen faltando aún modelos de estructuras como las de salud, de educación, de investigación tecnológica, de capitalización y financiamiento, en los cuales pudiera decirse que el campesino participa no sólo en calidad de receptor, sino como alguien que tiene alguna injerencia en el desarrollo de los procesos correspondientes.

En ausencia de tales instituciones, quienes son conscientes de que el desarrollo de un pueblo va más allá del acceso a unos servicios básicos, tratan de auspiciar la formación de grupos para que se concienticen y puedan ejercer un mejor control sobre los diversos aspectos de su vida. Así surgen miles de organizaciones de base, cooperativas de productores o consumidores, asociaciones de personas con propósitos específicos como el de conseguir tierras, proveerse de servicios de energía o alcantarillado, y grupos de mujeres o de jóvenes. Pero no importa qué tanto se les promueva, estos grupos no pueden sustituir aquellas estructuras civiles que pertenecen a la totalidad de la población y donde las decisiones no son dictadas por los intereses de un grupo específico. Por ejemplo, las aldeas del mundo necesitan estructuras de toma de decisiones que velen por el interés de todos los habitantes, incluyendo los niños indefensos, hijos de aquellas familias que nunca tendrían cabida en estos grupos que se forman por intereses particulares. Necesitan también estructuras que mantengan la unidad para que no sean divididas por cada secta, partido político o proyecto de desarrollo que llegue y trate de atraerlos

y separarlos. Además, son necesarias instituciones que administren al menos justicia interna y que impidan que el desenfrenado proceso de injusticia y opresión social socave las relaciones básicas de los habitantes de la aldea. Donde no existen tales instituciones, la experiencia ha mostrado claramente que muchos esfuerzos de capacitación y organización no conducen más que a la creación de élites locales que aprovechan para sí mismos lo que está destinado para todo el pueblo; a menudo, en estas organizaciones de grupos de interés se van reproduciendo y perpetuando los mismos males de las instituciones políticas y económicas de la sociedad que se quiere transformar.

Instituciones Locales y Nacionales

Mis experiencias en Colombia precisamente se iniciaron con esfuerzos que realizan los bahá'ís a nivel mundial para vitalizar la comunidad rural y urbana, la aldea y la ciudad, comenzando con un consejo elegido prioritariamente para mantener la unidad, velar por la justicia y propiciar acciones que surgen cuando se logra un consenso y entendimiento común. El apego que desarrollé por los pueblos latinoamericanos nació cuando presenciaba esa gran vitalidad y entendimiento de las masas y el enorme entusiasmo que mostraban para participar en un largo proyecto de construcción de las estructuras de una nueva civilización mundial. A la vez, me sentía abrumado frente a la magnitud de los cambios que había que lograr en los procesos intelectuales y espirituales de los pueblos, aun existiendo la voluntad. Cuando, más tarde, junto con unos amigos comenzamos a pensar en el concepto de la Universidad Rural como un espacio donde interactuarían los

diferentes actores sociales para buscar caminos de desarrollo para una población rural, estas experiencias nos ayudaron a decidir que las diferentes investigaciones y acciones las debíamos llevar a cabo alrededor de los distintos procesos de la vida individual, familiar y comunitaria de las aldeas de la región. Así fue como identificamos una larga lista de lo que veíamos como cadenas de actividades en las cuales la gente se involucra, tales como las relacionadas con la producción agropecuaria en una pequeña parcela, la producción en pequeñas unidades de cría de animales por parte de familias que ya no tienen acceso a un lote de tamaño adecuado, los servicios de las pequeñas empresas de apoyo a la producción agropecuaria como las de riego y preparación de la tierra, las diversas acciones que ayudan a la gente a conservar y mejorar la salud individual y comunitaria, el mercadeo y el flujo de artículos y dinero en la región, la educación formal, la comunicación entre los individuos y entre las comunidades, y ciertas acciones de tipo cultural. Veíamos que todas estas actividades y procesos carecían de las estructuras apropiadas para desenvolverse, y que todo un esfuerzo de investigación, acción y educación tenía que ponerse en marcha para encontrar modelos apropiados para estas estructuras.

No es el propósito de estas páginas presentar los logros de estos esfuerzos, que de hecho han sido halagadores; vale más, en un ensayo dedicado al análisis de los desafíos de trabajar por la transformación social, señalar las dificultades y las deficiencias. Algo de esto haré más adelante en la reflexión sobre el conocimiento; aquí quisiera únicamente tocar brevemente un solo punto.

Una de las mayores dificultades que enfrentábamos continuamente, y que de hecho era de esperarse, tenía que ver con el contexto institucional del país en el cual estábamos tratando de establecer nuevas estructuras rurales. Si las instituciones políticas, sociales y culturales con que el país ya ha sido dotado, ese complejo de ministerios, agencias, oficinas, universidades, institutos, etc. funcionaran debidamente, el desafío hubiera sido crear las estructuras correspondientes en el campo y conectarlas. Así, por ejemplo, si el sistema de investigación y extensión agropecuaria, que de hecho existe en Colombia y en los otros países latinoamericanos, estuviera libre de todos los males que agobian nuestras instituciones, los esfuerzos que hicimos por crear en el campo estructuras tales como pequeñas estaciones experimentales regionales, pequeños bancos comunitarios de semillas y aun pequeños espacios en la aldea donde los agricultores mismos puedan experimentar con ajustes finales tecnológicos bajo la supervisión de comités locales, hubieran tenido un desenvolvimiento mucho más significativo. Podríamos estar pensando ahora en el campo agropecuario en un sistema nacional de investigación y desarrollo tecnológico que tuviera sus raíces en la misma aldea y fuera capaz de cubrir desde los aspectos más sofisticados hasta las necesidades más prácticas e inmediatas. Esto, a cambio de un sistema que pertenece y funciona dentro de unos sectores poderosos y que sólo atiende a los campesinos en calidad de servicio por medio de un programa inadecuado de extensión y capacitación.

La lección que surge de muchos ejemplos como éste, es que los cambios profundos en la estructura de la sociedad no pueden darse solamente a través de acciones con los sectores

populares. No importa lo exitosos que seamos con nuestras investigaciones y acciones en el campo y los barrios de las ciudades, aún persiste la necesidad de influir en las grandes instituciones del país y de alguna forma cambiar los arreglos, las premisas y las ideologías que operan, se gestan y se reproducen en su interior. Pero esto requiere una conciencia aguda de las posibilidades y dificultades, coraje, cierto grado de sabiduría y una capacidad de crear y seguir estrategias. Es muy fácil vivir detrás de las modas de pensamiento que continuamente vienen y van en los ámbitos de la acción social. Es muy fácil cambiar la dirección de cualquier esfuerzo, de acuerdo con las facilidades financieras y políticas que en un momento dado se ofrezcan. Pero también es fácil encerrarse en un grupo pequeño y disfrutar del estatus de pertenecer a la oposición. Creo que es necesario trascender aquellas actitudes que tildan de enemigo al no que no siga los discursos y las metodologías a las cuales uno se ha acostumbrado. Mi experiencia en Latinoamérica me ha mostrado claramente que por todas partes se encuentran individuos impulsados por una nueva conciencia social y que si dejáramos de lado las tendencias de polarización y radicalización que por años nos han agobiado, la alianza entre un número crecido de actores sociales de la cual hablé al principio, podría convertirse rápidamente en una realidad y propiciar profundos cambios institucionales.

Un Concepto Distorsionado de Poder

En esta rápida exposición sobre la necesidad de desarrollar nuevas instituciones, usando como ejemplo las que le darían

soporte a la vida rural, intencionalmente he evitado hacer referencia explícita a las estructuras de poder. Me valí de ejemplos como el desarrollo tecnológico y no de aquéllos que están directamente conectados con los partidos y movimientos políticos. Hay varias razones para esto, pero lo más importante es que quiero evitar los argumentos que enfocan los problemas estructurales sólo desde el ángulo de manejo del poder económico y político. Un cambio profundo y orgánico en la estructura de la sociedad humana no puede reducirse a unos proyectos para conquistar el poder, aun cuando esto se haga con el deseo sincero de defender los pueblos sufridos. Dicho cambio implica una transformación total de todas las instituciones de la sociedad global, educacionales, religiosas, productivas, financieras, culturales, legales, en fin, de todos esos arreglos formales e informales que organizan la vida de una sociedad. Es un hecho indiscutible que la transición rápida y dolorosa de la humanidad del estado de niñez al de madurez no se logra por medio de reformas puntuales y superficiales, pero tampoco se trata de resolver la simple cuestión de quiénes deben detentar el poder político y económico.

Es más, un verdadero cambio de la estructura de la sociedad implica una transformación profunda de las estructuras mentales, éticas y morales, y de ese conjunto complejo de percepciones, cualidades y emociones que determinan las actitudes de los individuos y los grupos hacia la sociedad, y su visión del desenvolvimiento de la historia humana. Dentro de estos cambios revolucionarios en las estructuras mentales, me parece que el concepto mismo de poder tendrá que sufrir una metamorfosis fundamental. El que haya enfatizado la búsqueda de nuevas y más apropiadas estructuras para la edad madura del hombre, en vez de alabar esfuerzos de destrucción

o de reformas de estructuras vigentes cuyo manejo se hace de acuerdo con prácticas políticas defectuosas, se debe entonces a un desacuerdo profundo con ese concepto de poder que en general se acepta como ingrediente natural de la organización y las relaciones sociales.

Las diferentes teorías e ideologías que predominan en el mundo se ocupan de las formas de manejar, distribuir, controlar o balancear el poder, por medio, por ejemplo, de la negociación democrática, la fuerza, el gobierno de una élite, o mediante la competencia moderada por leyes y regulaciones. Pero en todo esto lo que se discute no es el poder de la unidad, de la acción basada en el consenso, el poder del conocimiento o de las acciones puras; lo que se promueve es más bien un tipo especial de poder, el poder de unos individuos y unos grupos para conducir las vidas de otros. A nombre de un pretendido realismo, no se cuestiona si este tipo de relación de poder que invade hasta los espacios más íntimos de la convivencia y la amistad es correcto. La aceptación sutil o abierta de la legitimidad de esta clase de poder finalmente distorsiona el mismo concepto de la verdad, que termina definiéndose por lo que mayor fuerza bruta genere, o por lo que surja de los arreglos entre los grupos que negocian sus asuntos según sus propios intereses. Pero tal aceptación se basa en una visión acerca de la naturaleza humana que proviene de la observación del hombre niño en los primeros milenios de su historia, y no de un conocimiento profundo de las leyes de la naturaleza ni de las verdaderas potencialidades y poderes del espíritu humano. Un análisis más amplio de la crisis institucional y estructural del mundo devela, entonces, una crisis aún más profunda en el estado de conocimiento, la

LA SENDA DEL APRENDIZAJE EN LATINOAMÉRICA: OPCIÓN MORAL

cual abarca, en forma que debo aclarar en las siguientes páginas, la crisis de la religión y de la ciencia.

III

La Actitud de Aprendizaje

Para examinar la crisis institucional de Latinoamérica —y de hecho del mundo entero— en el contexto de una crisis más profunda del conocimiento, es necesario reflexionar sobre ciertas actitudes muy arraigadas hacia el aprendizaje. En general, la trayectoria de aprendizaje de la humanidad deja mucho que desear; los hallazgos sobresalientes siempre van intercalados con errores garrafales que se repiten una y otra vez en diferentes contextos, creándose así una imagen borrosa del esfuerzo humano, una mezcla de brillantez y torpeza. No puede negarse que desde el comienzo de la vida colectiva, diferentes agrupaciones humanas, pueblos, tribus y naciones se han ocupado del aprendizaje, acumulando así una impresionante cantidad de conocimientos sobre la manera de interactuar con el medio ambiente, de organizar los procesos colectivos de existencia, de alcanzar ciertos grados de estabilidad y de abordar el cambio gradual. En ocasiones, ciertos grupos aprendieron aun a manejar los más turbulentos trastornos de su ambiente físico y social y a salir avantes de las más críticas situaciones. No obstante, en asuntos tan vitales como la armonía, la unidad, la cooperación y la paz, el aprendizaje colectivo ha sido penosamente lento, y puede aseverarse que ciertos patrones de violencia se han fortalecido como resultado del progreso de la civilización material.

Es curioso que con el surgimiento de la ciencia moderna, que ha dotado a la humanidad de una impresionante capacidad

de aprendizaje metódico sobre las diversas manifestaciones y operaciones de la naturaleza, muy poco se haya hecho para remediar tan contradictorio proceder. Desde hace unos pocos siglos, el mundo físico viene siendo estudiado sistemáticamente por la ciencia moderna. Aunque algunos de los paradigmas y perspectivas de esta ciencia parecen estar en crisis, el hecho es que, con el uso de sus métodos y postulados, la humanidad está aprendiendo a una velocidad impresionante acerca del universo físico. Sin embargo, en asuntos relacionados con los procesos sociales y la organización, que son tan cruciales para el bienestar y aun para la supervivencia de la raza humana, la postura prevaleciente sigue siendo de pronósticos apasionados por parte de los eruditos, y de imitación ciega por parte de sus seguidores. La ciencia ha sido aplaudida por sus luchas victoriosas contra el fanatismo religioso y la superstición, pero en lo que se refiere al desarrollo de los potenciales humanos y la prosperidad de los pueblos, las así llamadas teorías científicas han mostrado ser tan inflexibles y fanáticas como los dogmas religiosos que con tanta pasión se han rechazado.

No puede desconocerse, desde luego, que son mucho más complejos los fenómenos humanos y sociales que los físicos, y que su estudio sistemático ha estado rodeado de grandes dificultades. Sin embargo, y como espero que quede claro en el resto de este ensayo, no soy el proponente de una definición estrecha de la ciencia ni de su aplicación rígida a los asuntos humanos. Lo que sí me parece indispensable para un nuevo actor social es la capacidad de examinar críticamente las actitudes que se han adoptado con frecuencia hacia el aprendizaje colectivo durante las décadas pasadas de modernización. Se trata de poder distinguir, cuando una idea se propaga,

si es su validez científica la que le da fuerza, o si son las modas, la propaganda, los intereses de grupo, la discusión fanática, y finalmente, cuando todo está dicho y hecho, el poder político y económico lo que determina su triunfo. Quisiera sugerir que a pesar de cualidades tan sobresalientes como la sinceridad, la dedicación a la causa de la justicia, el trabajo duro y el sacrificio personal, que distinguen a estos actores sociales nuevos, poco pueden hacer por la transformación de la sociedad si las teorías psicológicas, sociales, económicas y políticas continúan apegadas a los modelos predominantes de los últimos siglos que en forma tan ostentosa identificamos con el triunfo de la racionalidad.

Una arrogancia que poco tiene que ver con características de modestia u orgullo personal, un fenómeno totalmente colectivo, impregna todos los aspectos de nuestra sociedad industrial moderna. Dicha arrogancia se transluce en la imposición de un proceso de modernización defectuoso en la mayoría de los países del mundo, sin ninguna consideración por los valores y culturas de los pueblos. Esta arrogancia colectiva se manifiesta a diario cuando el “conocedor” se acerca al “ignorante”, el educado al iletrado, el profesional al artesano y al obrero, el habitante de la ciudad al campesino, y el “desarrollado” al que “se está desarrollando”. Esta actitud ha caracterizado muchos de los esfuerzos de las últimas décadas por promover el desarrollo social y económico entre los pueblos y por alcanzar el cambio social, y paradójicamente, ya está amenazando la estructura ética de los propios procesos científicos que han impulsado el progreso moderno. Y nada indica que una nueva generación de actores sociales se encuentre inmune a esta actitud de soberbia que, después de todo, tiene en el imperfecto pero poderoso sistema educativo su instrumento

más efectivo de perpetuación. Se requiere, entonces, de parte de quienes participan en lo que todos esperamos sea la búsqueda de un proceso auténtico de desarrollo, un esfuerzo consciente por asumir una verdadera actitud hacia el aprendizaje, por ser críticos pero dentro de los límites de la humildad, cuestionar todo pero sin perder de vista el mandato de respeto hacia los demás, razonar vigorosamente pero sin olvidar los requerimientos de la compasión y de la justicia, hallar el camino de la liberación pero sin volverse pretencioso ni darse a la vanagloria. En este sentido, quisiera afirmar que la adopción de una postura de aprendizaje es un imperativo moral para la transformación de la sociedad latinoamericana.

El Sujeto y el Facilitador de Aprendizaje

El aprendizaje encierra, obviamente, mucho más que un cambio de actitudes; requiere de un sujeto y un objeto, y de unos métodos, herramientas y mecanismos apropiados para cada situación. Si se toma como válida la propuesta expresada en una sección anterior de este ensayo, en el sentido de que las vicisitudes de nuestros tiempos se deben comprender en el contexto de la transición de la raza humana de su etapa de niñez a la de madurez, habría que aceptar que la participación activa de las masas en el camino de cambio deberá ser un elemento indispensable del proceso. Más aún, para las mayorías sufridas del mundo que tradicionalmente han seguido sólo los mandatos de sus autoproclamados líderes, poderse despojar de la imitación ciega y tomar en sus manos las riendas de sus propias vidas tendrá que considerarse como una conquista necesaria de las luchas de esta edad de transición. Es

indudable, entonces, que un corolario natural de las ideas aquí expuestas sea que los sujetos de aprendizaje en este rápido proceso de transformación de Latinoamérica deban ser en primer término las propias masas y no solamente élites de intelectuales o de líderes políticos y económicos.

Si este hecho aparentemente obvio se descuida, los conceptos de participación y de libertad se vuelven vacíos. De ahí que los proyectos de desarrollo que contemplan explícitamente la participación de los sectores populares, en su afán por eliminar la pobreza y la injusticia, no puedan relegar el conocimiento a un plano secundario; es esencial que presten la debida atención al establecimiento de mecanismos de aprendizaje que les permita a los sujetos legítimos del cambio social aprender y acumular conocimiento acerca del proceso de construir una nueva sociedad. De otra manera, programas bien intencionados terminan reproduciendo aquellas relaciones entre líderes y seguidores tan propias de los mismos sistemas que quieren modificar. En este contexto es que quisiera que se examinara el significado de lo que he identificado como el surgimiento de un nuevo actor social en Latinoamérica. De tener alguna validez los argumentos aquí presentados, el papel que éstos desempeñen como facilitadores de aprendizaje entre los sectores populares, puede resultar mucho más significativo que el papel de quienes buscan el camino del poder mediante la revolución o la reforma.

Mi preocupación por estos temas data del año 1971, cuando en la Universidad del Valle se me invitó a formar parte de un grupo interdisciplinario que buscaba promover enfoques integrales de desarrollo. Estaba en ese tiempo colaborando con el Departamento de Física de la Universidad, tratando

con unos colegas de convertirlo en un centro de excelencia al estilo de las universidades norteamericanas donde habíamos estudiado. El que me encontrara trabajando en una universidad latinoamericana era en sí mismo el resultado de un profundo examen de conciencia en los meses que siguieron al término de mis estudios graduados. Como estudiante, me había dejado absorber por la Física, casi perdiéndome en el desafiante mundo de ideas y modelos que buscaban entender el universo en el nivel de sus partículas más elementales. Lo único distinto era mi participación en las actividades de la comunidad bahá'í en Berkley y un estudio personal más o menos sistemático de los escritos de algunas religiones. Sin embargo, esta conexión con la realidad por fuera del mundo aislado de la Física suscitó en mí suficientes inquietudes como para impulsarme a buscar seriamente resolución a las emociones y pensamientos que me producía el confortable mundo en el que había hecho la elección de vivir.

Aunque en los momentos de las grandes decisiones de la vida nunca se disfruta de la claridad que nos proporciona un análisis posterior, es obvio ahora para mí que muchas de mis inquietudes provenían de lo que estaba percibiendo como el divorcio entre la ciencia y la realidad social. En gran medida, mis convicciones religiosas eran responsables de esta inquietante percepción. Una de las premisas de mi vida había sido (y sigue siendo) que lejos de ser contrapuestas, la ciencia y la religión son los dos sistemas complementarios de conocimiento que le ayudan a la humanidad a explorar la realidad física y espiritual. En las enseñanzas bahá'ís había encontrado ya una religión que, libre de los defectos del fundamentalismo, aplaudía la racionalidad; a diferencia de lo que les sucedía a mis amigos cuyas convicciones religiosas se ponían a prueba

cuando las confrontaban con la ciencia, mi fe en la ciencia era la que tambaleaba cuando evaluaba la práctica científica a la luz de las enseñanzas religiosas realmente comprometidas con la transformación social. De acuerdo con dichas enseñanzas, para que se produzca un cambio orgánico en la misma estructura de la sociedad humana, se requiere por parte del individuo una dedicación inquebrantable al servicio, considerado éste como la práctica de la espiritualidad y como el medio indispensable para el desarrollo de la propia naturaleza espiritual. ¿Cómo podría considerar yo una vida dedicada casi por completo a la deliberación de los problemas abstractos de la Física y las Matemáticas como una vida dedicada al servicio de la humanidad?

Debo aclarar en mi propia defensa que ni siquiera en ese tiempo era tan ingenuo como para ignorar la importancia de la investigación científica pura, aun sin implicaciones prácticas para el futuro inmediato de la sociedad. De ninguna manera pretendía yo juzgar el campo de la Física que de hecho amaba ni rechazar el trabajo de la comunidad de los físicos teóricos a la cual gustosamente pertenecía. Mi problema era de elección personal, de opción moral, de cómo iba a vivir mi vida y a responder a las exigencias más inmediatas de un período que consideraba como el más crítico en la historia de la raza humana. El desafío era abordar la ciencia sin marginarme de las fuerzas que trazaban la dirección de los cambios de la edad de transición.

El resultado de meses de agobiante reexamen de todo mi marco conceptual fue la decisión repentina de partir para un país en desarrollo y dedicarme al fortalecimiento de sus estructuras científicas. No sin consternación por parte de mis colegas,

dejé los Estados Unidos para aceptar la invitación que me hiciera la Universidad del Valle de colaborar con el desarrollo de su Departamento de Física. Resultó que, en esos momentos, la Universidad estaba recibiendo apoyo de la Fundación Rockefeller dentro de un amplio programa llamado de Desarrollo Universitario, con la mira concreta de promover una educación superior apropiada que se convirtiera en instrumento de progreso social y económico. Parecía así que hubiera encontrado una solución mágica a la peor contradicción de mi vida. De hecho, me alejaría por un tiempo de las actividades de los centros de los Estados Unidos y Europa, pero iba a ayudar a crear un pequeño centro de excelencia y a contribuir a la formación de una generación de científicos que sentarían las bases del progreso de su país. Además, con mi familia tendríamos la oportunidad de servir a la creciente comunidad bahá'í de Latinoamérica y, al adoptar un nuevo hogar, cumpliríamos con las condiciones que en el lenguaje de los bahá'ís definen a un pionero.

Pero, desafortunadamente, mi satisfacción con el nuevo compromiso con la ciencia duró poco. Aunque el desarrollo del Departamento de Física se daba con un éxito excepcional, la contradicción entre la vida de la Universidad y las necesidades del pueblo colombiano producía en mi mente un nuevo cúmulo de interrogantes. Al finalizar el primer año de nuestra permanencia en Cali, una familia bahá'í de un barrio popular nos invitó a realizar en su casa unas clases para los niños de la vecindad. Este fue nuestro primer contacto con quienes representan a la mayoría de latinoamericanos que viven en las más impresionantes condiciones de opresión e injusticia. Nos relacionamos con ese complejo mundo del pobre en lo material, no como agentes de desarrollo ni oferentes de caridad,

sino como amigos que sencillamente disfrutábamos el trabajar juntos por un propósito común. Así, entonces, nuestra percepción de la realidad no resultó de las teorías académicas que tratan de describir las necesidades y aspiraciones de las grandes masas de la humanidad desde afuera. Si bien entendíamos la gravedad de las injusticias de la sociedad, al permitirnos interactuar en forma natural con la gente, no éramos víctimas de emociones comunes entre los observadores externos: compasión, temor, indignación farisaica, ambivalencia, o el deseo de controlar y dirigir a otros por caminos trazados de acuerdo con las ideas o frustraciones propias. De hecho, lo que más impacto nos causaba no era la propia pobreza material, sino la riqueza de talentos que no habían podido manifestarse por falta de oportunidad y por las barreras que sistemáticamente impedían el desarrollo de las potencialidades.

Eran tan impresionantes las cualidades y talentos, especialmente de los jóvenes, y tan nobles sus sueños de un futuro que les negaba la injusticia, que me vi impelido a examinar de nuevo la validez del camino que me había trazado en la Universidad. ¿Cómo podría la educación de una pequeña élite científica en el país brindarle esperanza a la vida de estos jóvenes sobresalientes?

Fue en medio de una crisis así que me invitaron a participar en las deliberaciones del grupo interdisciplinario en la Universidad. Me pareció otra vez que pronto iba a poder resolver las contradicciones de mi vida. Pensaba que si en un momento dado algunos hallazgos de la ciencia no tenían pertinencia en la vida de los pueblos, sus métodos siempre iban a ser útiles en la búsqueda de caminos nuevos de progreso. ¿No era la ciencia, fuente de la tecnología, la fuerza más

crucial que se movía en el corazón mismo del proceso de modernización? Buscar la forma de contribuir a la aplicación de la ciencia, en un contexto más amplio que el de un nuevo departamento en la Universidad, sería entonces el paso lógico a seguir en el esfuerzo en que me hallaba empeñado, de encontrarle utilidad directa a la ciencia en las vidas de las masas de la humanidad.

Mi entusiasmo por participar en discusiones intelectualmente estimulantes sobre la naturaleza y procesos de desarrollo social duró por un buen tiempo. Pero, paralelo a estas actividades, mediante los canales de la comunidad bahá'í, me integraba cada vez más a la vida de los sectores populares, especialmente de una región rural cercana a Cali conocida como norte del Cauca. Y, como era de esperarse, la brecha que separaba la vida de estos campesinos de nuestras elaboraciones se me convertía de nuevo en una fuente de inquietud e inconformidad.

En el momento en que me uní al grupo interdisciplinario ya éste había acordado una serie de definiciones sobre el desarrollo y se hallaba comprometido en la construcción de un modelo para sus futuras actividades. De acuerdo con este modelo, el bienestar era la suma de una serie de factores tales como salud, vivienda, educación, empleo, vida familiar, organización comunitaria, y otros agrupados dentro de una categoría que llamaban "cultura". El desarrollo integral implicaba la acción simultánea e integrada de varias organizaciones gubernamentales relacionadas cada una con algunos factores, encargándose la Universidad de la tarea de integración y coordinación.

Poco es lo que un grupo de personas conocedoras de distintos campos no pueda idear, especialmente si sus interacciones se basan en la sinceridad. A cada rato llenábamos enormes pliegos de papel con diagramas y resúmenes de proposiciones, los cuales compartíamos con un buen número de expertos mundiales que nos visitaban. Con su ayuda, nuestras elaboraciones teóricas se hacían cada vez más complejas. Cada día nuestro modelo se iba volviendo más sofisticado, a medida que contemplábamos la influencia que las acciones en un área podrían tener sobre las otras, al sumar nuevos factores, y al refinar una y otra vez sus definiciones.

Lo único que en algún momento llegó a detener esta febril actividad fue una voz aislada (desafortunadamente no la mía) que al fin lanzó la pregunta acerca del papel que tendría la misma gente en el programa interdisciplinario y multiinstitucional. Pero la respuesta a esta pregunta, por lo menos en el nivel conceptual, también resultó fácil de encontrar. Existía ya suficiente evidencia en la literatura de varios campos señalando que el desarrollo tenía que ser participativo. Así, el grupo giró su atención hacia la exploración del tema de la participación y gradualmente llegó a conocer las implicaciones de ese factor esencial sin el cual todos aceptábamos que el desarrollo sería imposible. Incorporamos, entonces, la participación al modelo como característica indispensable de todos los métodos de intervención.

Fue en medio de estas discusiones sobre la participación que llegué a desilusionarme del enfoque de nuestro grupo interdisciplinario. Cuando todo estaba dicho y hecho, la participación significaba reunir a la gente para que colaborara en los planes y esquemas que serían elaborados por el

grupo, cuyo conocimiento del pobre se basaba en estudios que, a mi juicio, constituían un contacto muy superficial con la realidad. Decidí abandonar el grupo y establecer otro espacio para deliberar sobre la ciencia y el desarrollo, tal como lo describiré en seguida. Pero debo admitir, que a pesar del desencanto con los enfoques, aún preservo mi admiración por muchos grupos similares que durante la década de los sesenta y los setenta trataron de sacar la educación superior de su aislamiento tradicional, y abrieron nuevas fronteras para futuras exploraciones de caminos de progreso más consecuentes con las condiciones de vida de los pueblos latinoamericanos.

Una Característica del Despertar de la Sociedad Civil

Mi primer intento por encontrarle a la ciencia significado en la solución de los problemas de las masas de la humanidad me había involucrado en el desarrollo de un centro de excelencia científica en Colombia, pero dicho propósito mostró ser muy limitado. El segundo empeño me puso en contacto con un vasto campo de acción bastante desconocido para mí, que trataba de promover el desarrollo social y económico en los que secuencialmente se han tildado de países subdesarrollados, del tercer mundo, y del mundo en desarrollo. Este contacto me permitió aventurarme en ese camino que finalmente me apartaría de la Física y me brindaría la oportunidad de participar en forma directa en los esfuerzos de un creciente número de personas a las cuales me he referido aquí como un nuevo grupo de actores sociales comprometidos con la transformación de la sociedad latinoamericana. Pero mi incursión

en este camino fue de nuevo frustrante y me dejó en un estado de confusión y crisis. La etapa siguiente consistió en una serie de deliberaciones que emprendimos unos pocos colegas del Departamento de Física y algunos de nuestros estudiantes, esta vez directamente en torno a la pregunta de cómo los habitantes de una zona rural podrían asumir las riendas de sus propios procesos de desarrollo. Fueron estas deliberaciones las que finalmente nos llevaron al concepto de la Universidad Rural a la cual ya he hecho mención, y al establecimiento de Fundaec, Fundación para la Aplicación y Enseñanza de las Ciencias.

Como lo mencioné antes, estábamos convencidos de que un cambio verdadero no se podía producir sin instituciones y estructuras que pertenecieran en un sentido real a la población misma. Sin embargo, entendíamos que la creación de nuevas instituciones o el fortalecimiento de las existentes en sí mismas no asegurarían la participación. Decíamos que un segundo elemento esencial, casi tan importante como la organización, era el conocimiento. Sólo puede decirse que un pueblo se ha hecho cargo de su propio desarrollo cuando aprende sistemáticamente acerca de los cambios de su sociedad e incorpora conscientemente en su continuo proceso de aprendizaje los elementos adecuados de todo el universo del conocimiento: el suyo propio, el sistema de conocimiento moderno, lo mismo que las experiencias de poblaciones y grupos similares en el mundo. Sólo cuando estos dos elementos, estructuras apropiadas y un proceso sistemático de aprendizaje con acceso al conocimiento global, se hubieran desarrollado completamente dentro de una población rural, podría ésta interactuar en condiciones de igualdad con el mundo de afuera

y dejar de ser objeto de los planes, benéficos o no, de otros individuos e instituciones.

Pensando entonces en esta interacción entre un cambio estructural y la generación y aplicación del conocimiento, de entre un buen número de estructuras sociales, económicas y culturales que la gente de una región rural tendría que desarrollar, Fundaec dedicó sus energías a establecer una institución que poco a poco se fuera convirtiendo en una institución de aprendizaje de la región. Llamó a dicha institución la Universidad Rural, cuestionando de este modo los modelos habituales de las universidades, empleados por doquier como instrumentos de una modernización por transferencia.

Las tareas de la Universidad Rural se definieron en términos de poner en marcha en la región una serie de procesos de aprendizaje, aspirando a que el conocimiento generado con la población pudiera crear y aumentar las fuerzas necesarias para resistir la desintegración social y, finalmente, lograr un cambio positivo. El hecho de que existiera una institución propia de aprendizaje en vez de unos servicios de educación provenientes de afuera, tenía para nosotros una trascendental importancia. Entre otras cosas, sosteníamos que la falta de estructuras apropiadas que permitieran la participación de la gente en la generación y aplicación del conocimiento, conducía fácilmente a un manejo de la ciencia en beneficio de los privilegiados de la sociedad, para responder únicamente a los intereses de las ideologías sociales predominantes que básicamente desconocen las necesidades y aspiraciones de los campesinos. Veíamos que a los aldeanos del mundo les llega una tecnología que es resultado del progreso científico aplicado a las condiciones de los grandes agricultores, cuya lógica de

producción es completamente diferente de aquella de las sociedades campesinas en el proceso de transición. La Universidad Rural sería entonces un espacio en el cual interactuarían en forma saludable dos sistemas de conocimiento, uno moderno con toda su sofisticación, y uno tradicional perteneciente a la gente de la región, produciéndose de este modo unos procesos de desarrollo importantes desde el interior de la propia población rural.

De nuevo, no es mi propósito presentar los resultados de este esfuerzo de búsqueda y de las correspondientes acciones. Lo importante es que nosotros y muchos otros grupos en Latinoamérica, utilizando diferentes métodos a través de distintas vías de deliberación, llegamos a entender que los verdaderos caminos de desarrollo eran los que conllevaban un aprendizaje consciente y sistemático. Nos apartamos de esa tendencia marcada de ver el desarrollo como algo que se entrega a la gente, de acuerdo con unos planes meticulosamente diseñados y unos objetivos brillantemente expresados. Cambió la imagen que teníamos de nosotros mismos como simples instructores, como ejecutores de planes preconcebidos, como agitadores políticos o como canales para el flujo de recursos económicos. Comenzamos a percibirnos como facilitadores de los procesos de aprendizaje de las poblaciones cuya vida y destino habíamos aceptado acompañar. Es tan significativo este cambio de percepción entre un creciente número de organizaciones que muchos lo consideramos como uno de los rasgos más esenciales del despertar de la sociedad civil en Latinoamérica. Espero que un cambio similar llegue a demarcar el rumbo de los planes futuros de sus gobernantes.



IV

La Tecnología como Tema de Aprendizaje

Si aceptamos que el papel primordial de este surgiente y heterogéneo grupo de actores sociales –en quienes desde luego he puesto mi afecto y esperanza– es facilitar el aprendizaje de los millones de latinoamericanos que habrán de ser los verdaderos sujetos de la transformación social, de algún modo tendremos que reflexionar acerca de los temas de aprendizaje que ellos deberán facilitar. Sin tratar de abarcarlo todo, quisiera sugerir que cuatro temas amplios, tecnología, ciencia, valores, y religión, figuren entre los que reciban atención especial. Trataré de presentar, en el mismo orden, algunas ideas sobre cada uno de estos temas.

Un gran número de las personas que estoy proponiendo como facilitadoras de aprendizaje proviene de tradiciones que de hecho no han sido muy críticas de la sociedad. Sus impulsos iniciales son reacciones humanas ante situaciones de sufrimiento, y sus primeras actividades están dirigidas a satisfacer necesidades puntuales, pasando por alto el hecho de que éstas son manifestaciones de deficiencias mucho más profundas. Para ellos la sociedad moderna está bien estructurada, sólo que sus beneficios no han llegado a las grandes poblaciones pobres y marginadas. Su conciencia sobre la gravedad de los problemas estructurales de la sociedad se desarrolla en forma más bien lenta, y esto dentro del contexto de las ideologías predominantes que impulsan la reforma y/o la transferencia del poder. Pero aun así, el papel de la ciencia

y la tecnología en el proceso de transformación no es tenido muy en cuenta en sus deliberaciones; tal papel se valora vagamente en el contexto de los beneficios de los sistemas educativos formales, los cuales por definición se aceptan como modernos y por tanto como científicos. Si al comienzo piensan en la necesidad de acceso al conocimiento, lo hacen en forma tangencial cuando, en sus esfuerzos de ayuda a los pobres, les ofrecen información que les permita funcionar mejor dentro de los procesos de modernización. Pero al final esta confianza en los sistemas actuales se les acaba; poco a poco llegan a comprender la complejidad de las diferentes fuerzas y estructuras sociales que afectan y perpetúan la pobreza material y, dentro de esta complejidad, llegan a descubrir también la sutileza de la cuestión tecnológica.

En contraste con los anteriores, otros grupos se acercan a los sectores populares desde el ángulo de la acción política. Sus primeras actividades están dirigidas a la concientización de las masas, casi siempre en torno a problemas sociales de gran magnitud. Pero cuando las masas logran cierto grado de conciencia y desarrollan la capacidad de analizar la problemática social, empiezan a influir profundamente en sus concientizadores y logran modificar los planteamientos de la acción política. La tecnología resulta ser, de nuevo, uno de los elementos que se introducen en una percepción más acertada de la realidad.

Una adecuada comprensión del problema tecnológico no se desarrolla fácilmente; se requiere examinar toda una serie de propuestas tecnológicas e identificar los marcos conceptuales y las visiones del hombre y la sociedad dentro de los cuales estas propuestas se formulan y propagan. Lo que la experi-

encia enseña es que, en el camino hacia una mejor comprensión de la complejidad, parece ser necesario pasar por posiciones extremas, entre una ciega aceptación de todo lo que se considere moderno y un tradicionalismo romántico, entre el rechazo a todo lo que no tenga aplicación inmediata y la entrega total a discursos abstractos que no conducen a respuestas concretas, entre el convencimiento de que sólo cuentan las grandes inversiones en proyectos gigantescos y la pérdida total de fe en todo lo que no sea pequeño, sencillo y alcanzable por medio de una organización mínima. Por fortuna, los grupos que atraviesan este camino con sabiduría y perseverancia logran rescatar de cada posición elementos valiosos que les ayudan a formular marcos conceptuales equilibrados, y desarrollan gradualmente una gran capacidad para abordar los problemas tecnológicos con acierto y creatividad. Así, terminan contribuyendo significativamente al aprendizaje de los sectores populares acerca de los caminos que deben transitar en sus proyectos de transformación social.

Lo Moderno y lo Tradicional

En el plano de las definiciones y los conceptos básicos, los discursos que han dominado el pensamiento de los pueblos y gobiernos del mundo acerca del progreso han convencido a la mayoría de las personas de que la única opción tecnológica es la de los actuales países industrializados. Es tan profundo este convencimiento que, para muchos, la palabra tecnología significa en sí misma la tecnología de la civilización occidental, como si hasta la aparición del así llamado hombre moderno la sociedad se hubiera desarrollado de alguna forma sin

tecnología. Por otra parte, la idea de la tecnología parece encerrar para la mayoría únicamente imágenes de máquinas, equipos y artefactos y, sólo para los más sofisticados, ciertas nociones de técnica y proceso cuando se habla, por ejemplo, de la tecnología de los computadores o de la comunicación moderna. Esta concepción simplista de la tecnología va acompañada de una noción aún menos acertada de la manera como ella avanza. En general, y aun en el caso de algunas personas versadas en el tema, se termina por ver el progreso tecnológico como una fuerza autónoma que impulsa todos los demás procesos sociales, en forma que a veces parece estar ungida de cierta magia. Un observador del comportamiento humano en los últimos tiempos, permitiéndose un poco de ironía, declararía que para el hombre próspero moderno la tecnología ya no es un medio por el cual la humanidad alcanza sus metas con base en una reflexión sobre los propósitos de su vida colectiva, sino que el uso de una tecnología cada vez más sofisticada, en una creciente actitud de juego y entretenimiento, se ha convertido en el fin mismo de la existencia.

Un primer paso que es menester dar, entonces, para propiciar el aprendizaje sobre el tema de la tecnología, es ampliar la definición de la palabra, mostrar que a través de la historia cada pueblo ha engendrado durante períodos específicos toda una tecnología, relacionar la cuestión tecnológica con la cultura, concientizar a los sectores populares de la necesidad de participar en la creación de culturas, y cambiar la imagen que se les ha creado de ser meros consumidores y usuarios de los productos de otras culturas que aceptarían como superiores. Sería necesario crear la conciencia de que la tecnología se escoge y que finalmente las decisiones en relación con las alternativas tecnológicas

se toman de acuerdo con un sistema de valores que es necesario hacer explícito. Además, de alguna forma habría que reflexionar en torno al hecho histórico de que la tecnología no se desarrolla linealmente y aceptar que lo más probable es que las futuras tecnologías, sin duda muy sofisticadas, no serán en su mayor parte descendientes directas de lo que hoy se considera como lo más moderno y avanzado. De hecho, los grandes problemas ecológicos ya están forzando a la humanidad a abandonar sistemas que hasta hace pocos años parecían ser los más acertados, y a construir nuevas bases para avances tecnológicos futuros.

En esas etapas iniciales del proceso de aprendizaje alrededor del tema de la tecnología, habría que tener presente que el proceso de concientización sugerido produce casi siempre una tendencia al tradicionalismo que a veces lleva a posiciones extremas e insostenibles. Sin embargo, me parece que no debemos culparnos si en nuestro afán por buscar salidas a situaciones agobiantes tendemos a cambiar de estado de ánimo cuando enfrentamos los fracasos de los enfoques que en algún momento nos parecieran acertados. En mayor o menor grado, muchos hemos pasado de una identificación total con los caminos de aquellas sociedades que por sus logros materiales consideramos avanzadas, a un rechazo rotundo hacia todo lo que en ellas se origine. En una etapa creímos que lo que pertenecía al pasado era arcaico y desprovisto de cualquier valor para el futuro. Para el campo, por ejemplo, pusimos toda nuestra esperanza en la transformación de la agricultura tradicional, la adopción de técnicas, productos, mercados, esquemas de crédito modernos y, por supuesto, la educación moderna. Pero al constatar que todo esto había conducido

a empujar a la gente del campo a una vida de mayores males en los tugurios de las ciudades, nos desilusionamos hasta con el conocimiento moderno que señalamos como fragmentado, lineal y opresivo, y comenzamos a buscar soluciones en todo lo que fuera tradicional, campesino e indígena. Pero, en general, este estado emocional no nos duró mucho tiempo y pronto nos dimos cuenta de que un tradicionalismo romántico podía hacer tanto daño como la desenfrenada pasión por todo lo que se llame moderno.

El realismo que finalmente resulta de una crítica aguda a las concepciones que han impulsado una visión muy parcializada del modernismo en Latinoamérica, así como de un análisis objetivo de las tecnologías del pasado, obliga a los grupos que participan en el aprendizaje a examinar más cuidadosamente el proceso mismo de avance tecnológico. Poco a poco van descubriendo las relaciones esenciales que deben existir entre la transferencia de tecnología, su adaptación y modificación, y la innovación. Se dan cuenta de que una transferencia ciega de tecnología, conducida por grupos de interés, no lleva al progreso, más bien acentúa las brechas que existen entre los sectores sociales. Claman, entonces, por políticas coherentes de ciencia y tecnología que de alguna forma propicien la investigación autóctona, técnica y social, sobre la transferencia, la adopción y la creación de la tecnología. Lo que llama la atención de sus enfoques es que por haber aprendido a valorar los sistemas de conocimiento tradicionales y a rescatar sus elementos más esenciales, las acciones que proponen no las conciben separadas de los proyectos de los sectores populares; hacen todo lo posible por desarrollar investigaciones que encierren acción conjunta con ellos y que conlleven su

participación significativa en el aprendizaje y, en una justa medida, en la toma de decisiones.

Lo Apropriado

Un discurso más elaborado sobre el progreso tecnológico necesariamente termina tocando el tema de la tecnología apropiada. Históricamente, desde que apareció la importante obra *Lo Pequeño es Hermoso*, el debate sobre lo que es apropiado y adecuado ha abordado un número considerable de factores que inciden en las decisiones acerca de la tecnología. En un momento dado, el énfasis se dio a ciertas características inmediatas de tecnología específicas, lo pequeño y lo grande, lo sencillo y lo sofisticado, lo intensivo en capital o en trabajo. La atención a estos factores despertó la imaginación de un buen número de personas creativas que produjeron numerosos dispositivos y técnicas que respondían a problemas concretos de acuerdo con definiciones de lo apropiado que, finalmente, resultaron ser inadecuadas.

Es un hecho que las soluciones puntuales presentan grandes limitaciones si el propósito es propiciar un verdadero avance tecnológico. Tampoco la sencillez y el tamaño, consideraciones que en un tiempo dieron impulso a la búsqueda de alternativas, pueden ser criterios válidos para la tecnología apropiada. Es por esto que quienes persistieron en la búsqueda de salidas más duraderas tuvieron que incorporar a sus pensamientos otros factores como las capacidades organizativas, técnicas y administrativas de los individuos y las asociaciones comunitarias.

Un cambio así de énfasis, de las características de tecnologías específicas a las capacidades de los pueblos de apropiarse de ellas y de manejarlas, le aporta al tema de la tecnología grandes oportunidades de reflexión. Pero hay que tener cuidado, de nuevo, de no caer en un reduccionismo que lleva a meros programas de adiestramiento, sin examinar los marcos conceptuales que a menudo permanecen implícitos en este tipo de programas. Por ejemplo, en el caso de las capacidades administrativas, hay que evitar esa tendencia marcada de reducir todos los problemas sociales a una cuestión de planeación y ejecución, y esto en el sentido más estrecho de las palabras. Cuantificación, eficiencia, costo-beneficio y rentabilidad, son conceptos válidos cuando se utilizan en espacios bien definidos. Pero es necesario cuidarse de las definiciones, diagramas y proposiciones simplistas, sagazmente presentados, que proyectan un falso sentido de claridad sobre problemas que en el fondo son de valores, de cultura, de opción moral y de organización social y política, aunque en cierto grado requieran el uso de procedimientos y técnicas que nos proporciona el avance tecnológico.

Por otra parte, hay que admitir que los propios sectores populares, enfrentados a problemas comunes de supervivencia, claman por soluciones específicas, y con todo el derecho, rechazan lo que fácilmente pueda degenerar en retórica política vacía y en mera manifestación de frustraciones. Pero la elección no es solamente entre la retórica y una práctica sin raciocinio; es necesario trabajar con tesón problemas tangibles para llegar a soluciones que de una u otra forma mejoren las deplorables condiciones de vida de las grandes masas del continente. Es precisamente la concreción de los problemas tecnológicos la

que les suministra las herramientas de aprendizaje necesarias. Pero su utilidad depende completamente de las deliberaciones que acompañen la búsqueda de respuestas concretas, las cuales deben conducirse en un contexto más amplio de organización social y de participación de los sectores populares en los procesos socioeconómicos y culturales esenciales. No hay que confundir la adquisición de unas pocas destrezas con el desarrollo de capacidades amplias, y dejarse engañar por la aparente practicabilidad de las soluciones puntuales. Estas tienen valor sólo si contribuyen al aprendizaje y ayudan a desarrollar el potencial, ese potencial de las poblaciones urbanas y rurales para buscar y encontrar alternativas viables dentro de proyectos de transformación que son autogestionados y sostenibles.

Es dentro de este marco de tecnología apropiada que podemos mirar con cierto grado de optimismo las actividades y perspectivas de los grupos e individuos que aquí se proponen como facilitadores de aprendizaje entre los pueblos latinoamericanos. A medida que poco a poco se apartan de posiciones antagónicas y dejan de apoyar propuestas de validez parcial, dichos grupos aprenden a no exagerar ni los éxitos ni los fracasos de la sociedad moderna. Su visión del pasado se vuelve moderada y desprovista de un excesivo romanticismo. Comprenden claramente que la tecnología, para merecer una posición central en el proceso de aprendizaje de los sectores populares acerca de su propio camino de desarrollo, tiene que ampliarse en su significado. Tiene que incluir numerosos factores relacionados con la organización social, con estructuras y procesos políticos y económicos, con la investigación, la educación, la cultura y la comunicación, y más aún, con la manera en que las visiones y los propósitos se formulan y se



comparten entre varios actores sociales. Que la tecnología no es enteramente neutral es ya un hecho común para ellos. Saben bien que cada componente tecnológico conlleva, implícita o explícitamente, supuestos acerca de los patrones económicos, sociopolíticos y culturales de una sociedad. Es claro para ellos que la tecnología funciona siempre dentro de un esquema específico de organización social, que sobre todo se desarrolla de acuerdo con un conjunto de valores y lleva consigo el poder de ejercer influencia sobre el sistema de valores de la sociedad a la cual es transferida. De esta manera, a medida que centran su atención en la tecnología como uno de los temas principales de aprendizaje, ayudan a los sectores populares a conocer bien las alternativas, a ser conscientes de la opción que tienen de seguir un camino dado de progreso y rechazar otros. Cuando esto no se hace, cuando la tecnología se trata sólo de manera implícita en las discusiones sobre la modernización o como un tópico secundario en las consideraciones acerca del crecimiento económico y la productividad, naciones enteras se ven abocadas a seguir caminos de desarrollo cuya naturaleza nunca fue entendida ni siquiera por los que toman las decisiones y trazan las políticas.



V

La Crisis de la Ciencia y de la Educación

De la breve y desde luego incompleta discusión anterior, debe haber quedado claro que en ese balance sutil que el facilitador de aprendizaje tendrá que establecer entre la acción concreta y la reflexión teórica, el foco principal no puede ser la mera transferencia de tecnología sino la adquisición de conocimiento tecnológico y el desarrollo de la capacidad de incrementarlo y difundirlo. Pero el conocimiento tecnológico no puede separarse de ese aspecto del sistema de conocimiento de un pueblo que de alguna manera se podría llamar su cultura científica y tecnológica. No significa esto que para que un grupo adopte una tecnología nueva sea necesario transferirle toda la base científica que en un comienzo condujo a la creación de esa tecnología; más bien, se está resaltando algo muy obvio, que el progreso sostenido de un pueblo es imposible si no se le presta atención cuidadosa al avance de su cultura científica. Desafortunadamente, mientras que la conciencia sobre el problema tecnológico en sus diversas dimensiones se ha acrecentado en las pasadas décadas entre el grupo de actores sociales al que me estoy refiriendo, el problema de la ciencia misma ha recibido poca atención.

Desde cualquier punto de vista que se examine el progreso científico de Latinoamérica, hay que concluir que en ninguno de sus países la ciencia ha recibido la atención que verdaderamente merece. Aun los esfuerzos por establecer las bases de una vigorosa actividad científica entre grupos selectos

han fallado en muchos lugares, y se ha ignorado casi totalmente el desafío de fomentar el progreso sostenido de la cultura científica de los pueblos del continente. No es este el espacio apropiado para una discusión detallada de la ciencia en Latinoamérica, pero algunas pocas líneas serán necesarias para hacer claridad sobre el término cultura científica y tecnológica y para justificar la elección de la ciencia como uno de los temas de aprendizaje entre los sectores populares. Para hacer esto, acudiré de nuevo a mis propias vivencias en Colombia.

A pesar de que mi relación formal con el Departamento de Física terminó cuando después de unos años el trabajo de FUNDAEC se hizo más exigente, seguí preocupado por el quehacer científico de la Universidad. Todavía recuerdo con tristeza el letargo que sufrió la actividad científica por muchos años después de un período corto de progreso rápido y esperanzador. Más tarde descubrí que la misma suerte habían tenido muchos otros esfuerzos de las universidades latinoamericanas por establecer centros de excelencia en ciencias naturales. Las dificultades de las ciencias sociales fueron todavía más grandes, ya que sus departamentos se convirtieron en campos de batallas ideológicas y sufrieron tantos cambios de dirección que sólo por medio de esfuerzos heroicos algunos pudieron construir las bases necesarias para la investigación y la docencia. No es fácil encontrar razones suficientes para esta falla masiva de la universidad latinoamericana en colocarse a la vanguardia de la actividad científica. Las dificultades no pueden atribuirse realmente a falta de recursos humanos o financieros. En el continente abunda gente brillante y altamente capacitada, y, al menos durante un tiempo, se invirtió gran cantidad de dinero en el desarrollo de las ciencias natu-

rales y sociales en un número significativo de universidades. No obstante, no se logró consolidar comunidades científicas que pudieran influir de manera efectiva en las políticas de los países y canalizar los recursos financieros hacia el apoyo de las estructuras y procesos de la ciencia.

Hay la tendencia a atribuirles a los movimientos estudiantiles y a la politización de la Universidad los problemas de la educación superior. Es indudable que la polarización política en Latinoamérica constituye unos de los aspectos más deplorables de su desarrollo, y no se puede negar que, en el caso de las universidades, los debates políticos dejaron poco espacio para las deliberaciones necesarias sobre el progreso científico. Pero cuesta trabajo aceptar que los enfrentamientos en las universidades fueron las causas principales de la crisis de la ciencia. Al fin de cuentas, preocuparse por la justicia social y participar en las luchas para obtener cambios estructurales no niega en sí la búsqueda de la excelencia científica. Así que cualquier intento serio por comprender la crisis de la ciencia debe abarcar dimensiones más complejas del problema y analizar a fondo las fallas de procesos fundamentales como los de generación y propagación del conocimiento.

El grupo de amigos que reflexionábamos acerca del papel de la ciencia en la vida del pueblo colombiano, llegamos a algunas conclusiones que nos sirvieron de guía durante los años en que explorábamos las posibles características de ese espacio social que más tarde llamamos la Universidad Rural. Veíamos con preocupación la falta de articulación, no de la ciencia, sino de las estructuras científicas y educacionales del país, con la vida de sus habitantes. Nos parecía que estábamos participando en un sistema educativo que trataba de formar

generaciones nuevas de colombianos para una sociedad que era copia exacta de la de los países industrialmente avanzados. Pero esta nueva sociedad no existía en un sentido real en Colombia, y de hecho, la mayoría de la gente no tenía ni la más remota posibilidad de formar parte de ella, no por lo menos en un futuro visible. Lo que se estaba haciendo con alguna eficiencia era crear las estructuras de una sociedad moderna, relativamente pequeña, con acceso a la tecnología moderna en la cual un número de personas, que de hecho aumentaba lentamente, pudiera vivir y funcionar. Pero por separada que estuviese esta minoría de los sectores populares, no podría evitar los efectos de la constante y ascendente desintegración social y moral, y se vería obligada a encarar la realidad del desarrollo social y económico de Colombia.

Aparte del dinero, la educación era lo que le abría el camino a la gente para integrarse a esta selecta sociedad en formación. En cuanto a la mayoría de las personas, acceder al sistema educacional era como encontrarse a la entrada de un estrecho túnel y saber que sólo un pequeño porcentaje tendría posibilidades de penetrarlo. Pero aun los que habíamos recibido educación, en el país o en el extranjero, no estábamos preparados para comprender, mucho menos para resolver, los graves problemas de la sociedad colombiana. En agronomía, abogacía, educación, administración, ciencias naturales y sociales, en fin, en la mayoría de las carreras superiores e intermedias, se nos había capacitado para funcionar dentro de la sociedad moderna que presumiblemente se estaba construyendo, pero no se nos habían dado las herramientas que nos permitieran analizar y buscar respuestas a las necesidades de los campesinos o de los habitantes de los barrios de las

populosas ciudades. Quienes decidíamos trabajar con las masas teníamos que pasar por un profundo cambio de actitudes y de visión y, además, recurrir a diversas fuentes para buscar conocimientos relevantes, integrarlos de maneras nuevas y creativas, y desarrollar con la experiencia las cualidades, destrezas y habilidades que el sistema educativo había fallado en brindarnos.

A medida que discutíamos estas ideas, se hacía claro para nosotros que las carreras y profesiones mismas no se definían como respuesta a las necesidades sociales y a las opciones del desarrollo, sino que se estructuraban en el contexto de una tradición académica que había evolucionado de acuerdo con realidades históricas fundamentalmente distintas de las de Latinoamérica. Además, empezábamos a sentir que se le estaba dando excesiva importancia a la propia división del conocimiento en disciplinas. No es exagerado decir que a menudo la división en el actual conjunto de disciplinas es vista casi como inherente al conocimiento mismo, el cual se define en términos de sus partes como la suma de todas las disciplinas en ciencias naturales y sociales, artes y humanidades, y campos profesionales tales como la ingeniería o la medicina. Sin embargo, “el conocimiento es uno” y su división en disciplinas es necesaria debido a las limitaciones que existen en la mente humana. Aun así, la división del conocimiento en disciplinas no ha surgido de un entendimiento profundo de la diversidad del talento humano. Es el resultado de un proceso histórico y está fuertemente influido por las ideologías y condiciones sociales. La manera en que la universidad occidental está organizada en departamentos, dentro de disciplinas bien definidas, refleja principalmente un estilo de vida y las rea-

lidades históricas de algunos pueblos; en menor grado, es una división conveniente del conocimiento para que sea asimilado por personas de diversos talentos e inclinaciones. En consecuencia, cuando un país adopta dicha estructura para su sistema educacional, está adquiriendo mucho más que conocimiento, está realizando, de hecho, planes concretos para su futura organización social.

Por supuesto que las fronteras de las disciplinas no son fijas en las sociedades materialmente avanzadas donde se originan los modelos de la universidad moderna. Cuando surgen nuevos problemas, se examinan en conjunto conocimientos de varios campos, se crean nuevas disciplinas y se buscan formas creativas para extender las fronteras del conocimiento en direcciones nuevas. ¿Cómo es entonces, nos preguntábamos con perplejidad, que los enormes problemas de los sectores populares no hubieran dado lugar a nuevas disciplinas en los sistemas universitarios del país? ¿Por qué no se habían creado campos nuevos que pudiesen desarrollar su propia dinámica y progresar mediante el esfuerzo constante de una correspondiente comunidad de científicos que tuviese una verdadera influencia sobre las políticas de desarrollo rural? ¿Por qué las universidades latinoamericanas no se comprometían en un permanente análisis del conocimiento global para reunir los elementos apropiados que permitiesen relacionar los conjuntos de problemas concretos del continente, en vez de transferir en su totalidad los programas educativos de las carreras que ya se habían definido en otras partes? ¿Por qué nuestras universidades tenían que estar organizadas exactamente dentro del mismo modelo de departamentos y disciplinas de la así llamada universidad moderna? ¿Por qué existían tan pocos

intentos por desarrollar currículos para la formación de la clase de personas que pudieran llegar a involucrarse en las vidas de los sectores populares y comprometerse con ellos en proyectos dirigidos a construir una nueva sociedad?

Fueron cuestionamientos de este tenor los que nos llevaron a rechazar totalmente la división tradicional en disciplinas y las correspondientes estructuras organizacionales, cuando decidimos comprometernos en la materialización del concepto de la Universidad Rural. Dentro de este espacio de aprendizaje colectivo, decidimos investigar, analizar y comprender los problemas rurales, definir el campo de acción y las capacidades de los profesionales que en distintos niveles pudieran trabajar estos problemas y, luego, fusionar elementos del universo de conocimiento para crear currículos que capacitaran a nuevos actores sociales.

Las primeras personas con quienes decidimos enfrentar este desafío se definieron como generalistas en desarrollo comunitario. Sus capacidades básicas se fundamentaron en áreas de educación y organización comunitaria; sus conocimientos provenían de disciplinas tales como salud, agricultura, economía, antropología, las cuales, según las definiciones comunes, están muy distantes las unas de las otras. Sin embargo, dicho conocimiento no era una mera suma de información de campos disímiles; el currículum que se diseñó integraba sus elementos en un todo con interrelaciones y articulaciones que correspondían a la realidad de la gente que estos nuevos profesionales iban a servir.

El extraordinario éxito obtenido en el aprendizaje de los jóvenes con quienes estábamos trabajando, y el hecho de lograr adelantos en el conocimiento que no hubieran sido posibles

si hubiéramos aceptado las fronteras y limitaciones de las disciplinas reconocidas, fueron indicios de que íbamos por el camino acertado. Según los conceptos corrientes en los círculos educativos, estos jóvenes no deberían haber tenido la capacidad de enfrentar nuestro currículum, difícil y desafiante como era con su énfasis en la ciencia y la profundidad con que trataba algunos temas sociales. Hubo, por supuesto, un número de factores que contribuyeron a este éxito pedagógico: una interacción constante entre lo práctico y lo teórico, una inmersión total de la escuela en la comunidad, una convergencia de lo material y lo espiritual, un rechazo total del concepto del instructor como el que todo lo sabe y el estudiante como el que todo lo ignora. Pero con todo esto, a medida que vivíamos la experiencia educativa, veíamos con mayor claridad que el éxito era directamente proporcional al grado en que pudiéramos romper con los esquemas rígidos y estáticos de la ciencia y la educación, y preocuparnos de los procesos y estructuras sociales que fomentarían el progreso científico en la región, al tiempo que nos esforzábamos por mantenernos al tanto del progreso de la ciencia en el nivel global.

Interacciones entre Sistemas de Conocimiento

Otra serie de observaciones que incidieron en nuestra concepción de la Universidad Rural tenía que ver con los límites de la autoridad de la ciencia. Nos parecía que, a pesar de constituir comunidades científicas embrionarias, tendíamos a proyectar una confianza excesiva en nuestras investigaciones y enseñanzas. Así, estábamos adoptando con facilidad algunas

de las actitudes nocivas que han plagado la ciencia occidental desde sus inicios, como proclamar insustanciales verdades absolutas a la vez que se predica el relativismo extremo, desdeñar otras fuentes de sabiduría humana, querer vestir la ciencia con un deslumbrante y mistificador velo que a todos causaría asombro, e insistir en extender el dominio de la ciencia a cada problema que se presenta, siendo que ella ha probado una y otra vez ser impotente para arrojar por sí sola luces sobre muchos aspectos de la existencia humana. ¿Estaríamos nosotros, nos preguntábamos, en nuestro afán por adoptar el modelo de las sociedades industrializadas, confiriendo también a nuestros científicos el palio del sacerdocio, dejando que la fe en una noción nebulosa y errónea de la ciencia se convirtiera en sustituto pobre de la creencia religiosa ya de por sí fuertemente erosionada?

Al tratar de definir los límites de autoridad de la ciencia tuvimos que revisar y cuestionar otras actitudes, especialmente los prejuicios de clase y de raza. Independientemente de nuestra procedencia, en el momento en que teníamos acceso a la ciencia y abordábamos algún aspecto de ella, nos exponíamos al peligro de considerar a otros, especialmente a los sectores populares y minorías, como ignorantes y como vasos vacíos que debíamos llenar con conocimientos modernos. El problema era que, al proyectar estos prejuicios en nuestras actividades de docente y difusión científica, íbamos creando en la propia gente un sentimiento de desconfianza en sí mismos y en lo que sabían y hacían.

Durante un sondeo acerca de las aspiraciones de los jóvenes de la región del norte del Cauca, una joven que vivía en una parcela al lado de una enorme y rentable plantación de azú-

car, en medio de ese espacio lleno de imágenes paralelas de prosperidad y pobreza, escribió para nosotros: “En nuestra parcela había unos patos pero nadie los sabía cuidar y se murieron. Nuestro vecino hizo allí una pared pero tan mal hecha que se cayó. La roza de maíz este año se perdió porque nuestras técnicas no sirven. A mi me gustaría educarme para salir de esta ignorancia”. Que la introducción de imágenes nuevas de cambio hubiera despertado en la joven el deseo de educarse es desde luego algo deseable. ¿Pero por qué esto tiene que ir acompañado de la destrucción de todos los rasgos de autoestima y de respeto por la comunidad? ¿Será acaso la única manera de interactuar dos sistemas de conocimiento el que uno aniquile al otro?

Las tensiones entre el ideal de permitir que el poder de la ciencia influya en la resolución de los problemas agobiantes del país y la intención de no atribuirle facultades omnipotentes, nos llevaron a examinar con más detenimiento los procesos de la generación y enseñanza de las ciencias. Poco a poco fuimos descubriendo en el continente otros grupos preocupados por los mismos problemas, incluyendo algunos que cuestionaban hasta las propias bases de la ciencia moderna y buscaban algo distinto, una ciencia campesina o una ciencia indígena. Las percepciones que se estaban logrando acerca de algunos sistemas de conocimiento indígena mediante los estudios muy imaginativos de esos últimos grupos eran realmente valiosas, pero nos parecía que la búsqueda de una clase diferente de ciencia, era más que todo una reacción natural al uso que sistemas opresivos le daban al poder de la ciencia y tecnología modernas para afianzar su dominio sobre los pueblos. Porque es un hecho obvio que, en el nivel más funda-

mental, sólo puede haber un cuerpo de conocimiento científico, la suma total del conocimiento acumulado por la humanidad sobre las operaciones del universo. Dentro de esta experiencia global, la actividad científica de un determinado grupo no es más que la construcción y reconstrucción de modelos de la realidad. Pero la realidad es inmensa y cada modelo sólo explica un conjunto limitado de fenómenos. Así, para que un enunciado sea científico, tiene que admitir los límites de su propia validez y claramente hacer explícito su dominio de aplicación.

Cada pueblo, por el hecho mismo de haber sobrevivido, ha creado, por supuesto, modelos de la realidad con algún grado de efectividad como para permitirle regular sus interacciones con la naturaleza y sus patrones de organización social. Sin embargo, en un momento especial de la historia, el descubrimiento de ciertos métodos de observación y experimentación, y el desarrollo de una modalidad de análisis sistemático en Europa, condujo a la elaboración de modelos cuyo rango de validez no se compara con el de los modelos limitados del pasado. Declarar que de alguna manera las otras naciones del mundo no deben apropiarse de estos grandes avances del conocimiento humano y que tienen que buscar otra clase de ciencia, es sólo una forma más de perpetuar las desigualdades que ya rigen las relaciones entre las naciones. Pero esta apropiación de modelos y métodos nuevos no se puede hacer en el vacío; las personas no son recipientes que pueden vaciarse de lo que saben y rellenarse con conocimientos nuevos. La única forma aceptable de impulsar el avance de la cultura de los pueblos, dueños de sus propias tradiciones, es establecer vías en las que dos sistemas de conocimiento, el propio y el

de la ciencia moderna, puedan interactuar. No puede dudarse que la ciencia moderna va a contribuir mucho a esta interacción. Pero sólo en el contexto de una interacción auténtica y armónica, y no por medio de la imposición, puede avanzar la cultura científica y tecnológica de dichos pueblos. Hay que recordar que, a la larga, individuos con distintas trayectorias culturales harán enormes contribuciones al progreso global de la ciencia, y finalmente ésta dejará de ser propiedad de unos pocos para convertirse en patrimonio de la totalidad de la raza humana.

Dentro de este marco, nuestro grupo trató al máximo de que la Universidad Rural no se tornara en un instrumento más de mera transferencia del propio sistema de conocimiento, sino en un espacio social donde la ciencia moderna pudiese interactuar con el sistema de conocimiento de poblaciones rurales concretas. El propósito desde luego no era preservar el pasado, sino trazar un camino de desarrollo que no condujera a rupturas repentinas con las raíces de la identidad de un pueblo.

A lo largo de los años, la creación de ese espacio social trajo muchos más desafíos de lo que se esperaba. Para que la Universidad Rural pudiera impulsar un avance constante en el sistema de conocimiento de la gente, se necesitaban tantas líneas de investigación, acción, aprendizaje, que finalmente tuvimos que crear una estructura mucho más compleja de la que inicialmente habíamos contemplado. Sin embargo, nuestros grandes desafíos no estuvieron tanto en la búsqueda de recursos financieros y organizacionales para esta estructura que finalmente recibió un apoyo adecuado de las agencias nacionales e internacionales. Los problemas más complica-

dos surgían cuando teníamos que enfrentar las deficiencias de nuestros métodos, modelos y procesos mentales, al aplicarlos a sistemas sumamente complejos con demasiadas variables físicas y sociales que no se podían controlar ni tampoco ignorar. En este punto quisiera hacer hincapié en que nada de lo que aquí se dice pretende negar la validez de las teorías comprobadas de la física, la química o la biología, o de sus aplicaciones a campos como la agricultura, la salud o varias ramas de la ingeniería. El punto es que el conocimiento y los métodos de todos estos campos han mostrado ser inadecuados cuando grupos de científicos como el nuestro tratan de enfrentar los problemas de las masas, no aislando algunos de ellos para examinarlos en el laboratorio o en estudios puramente académicos, sino abarcando la complejidad de los procesos sociales en un grado suficiente como para producir respuestas tecnológicas, organizacionales y educacionales que conduzcan a caminos viables de transformación social. Se ha señalado a menudo que tales insuficiencias son fácilmente superadas si se integran al conocimiento técnico elementos de las ciencias sociales o humanas. Pero precisamente cuando esto se hace con éxito es que se llega al convencimiento de que la ciencia, con todo lo poderosa que ha mostrado ser, se encuentra todavía en las etapas tempranas de su infancia.

Ignorar este hecho y embarcarse en una aplicación ciega de lo que se considera el método científico es una de las causas de la crisis actual de la ciencia en Latinoamérica. Siempre me ha parecido que algunos de los cursos y discusiones sobre el método científico los cuales reducen la ciencia a una serie de pasos, formulación de hipótesis, experimentación, construcción de modelos y teorías, han hecho daño al pro-

greso científico en el continente. De estos esquemas surge una concepción de la ciencia como un conjunto de definiciones claras, y del trabajo científico, como el plantear rígidamente objetivos y metas en proyectos bien elaborados de investigación, para seguir luego procedimientos mecánicos para alcanzar dichos objetivos. En esta concepción falta, por una parte, el necesario énfasis en la creatividad disciplinada, la imaginación bien orientada, y la intuición basada en una comprensión profunda de la naturaleza de un tema y de las limitaciones del conocimiento humano sobre dicho tema. Por otro lado, falta una apreciación adecuada de que los métodos y contenidos de la ciencia son objeto de discusión constante, de construcción y reconstrucción, por parte de comunidades científicas bien organizadas que sistematizan y generalizan el conocimiento, determinan la calidad de los resultados y lo apropiado de los métodos utilizados, y que diligentemente capacitan las nuevas generaciones de científicos y se encargan de la difusión del conocimiento científico en los diferentes niveles de la sociedad, mediante canales que celosamente establecen y cuidan. Si todo esto se desprecia, el esfuerzo científico, aprisionado entre las actividades tecnocráticas y políticas, adquiere o los atributos de la producción industrial o la propagación de ideologías cuya mayor relación con la ciencia es su propia declaración arbitraria de ser científicas.

El Texto y los Procesos de la Ciencia

En esta sección sobre la ciencia como tema de aprendizaje, he tratado de señalar, por medio de breves recuentos de mis propias vivencias, algunos aspectos de lo que he percibido

como una crisis de la ciencia en Latinoamérica. Sin embargo, en el afán de ser breve, he abierto espacio a unos posibles malentendidos que ahora debo aclarar.

Insistir en que la ciencia debe ser un elemento esencial del discurso de las masas de Latinoamérica sobre la transformación social no contradice la necesidad de centros de excelencia altamente sofisticados. Es un hecho incontrovertible que los grandes avances de las teorías científicas reciben enormes contribuciones de la creatividad de mentes sobresalientes, pero el surgimiento de científicos competentes no se puede desligar del estado de la cultura científica y tecnológica de los pueblos a los cuales pertenecen, así como por ejemplo, no se espera que surjan grandes compositores de una población que no aprecia la música. En este sentido, he propuesto que los escollos que ha tenido el continente para promover la excelencia en la ciencia están íntimamente relacionados con el poco interés que se ha tenido en propiciar el avance de la cultura científica y tecnológica de sus pueblos.

Por otra parte, el clamor por procesos científicos de relevancia para aquellos proyectos de los sectores populares orientados a la construcción de una nueva sociedad, no debe confundirse con los llamados típicos del populismo que abundan en el mundo. Al contrario, hay que tomar todas las precauciones para que la ciencia no llegue a regirse por intereses de grupos, aun cuando éstos reflejen lo que se percibe como las aspiraciones legítimas de las masas oprimidas. Existen demasiados ejemplos de los resultados desastrosos de actividades científicas subordinadas a ideologías políticas o a creencias religiosas. La tendencia que ya existe por parte de fuerzas económicas poderosas de señalar la dirección de la investi-

gación científica y de definir los problemas que ésta debe abarcar es un peligro palpable de la ciencia en el nivel mundial, el cual no se puede ignorar en el ámbito latinoamericano.

Pero sería absurdo también persistir en la creencia de que la ciencia es de algún modo neutral y que sólo avanza por la actividad independiente y libre de mentes objetivas impulsadas por la curiosidad. Los resultados científicos sólo son respuestas que el universo ofrece a interrogantes específicos que la mente humana le hace. La naturaleza de esos interrogantes depende de la visión que se tenga de la existencia y de las creencias, muchas veces implícitas, que forman los marcos conceptuales dentro de los cuales se trabaja. Además, la eficacia de la investigación científica está sujeta a procesos sociales que conducen a la formulación de políticas y a la asignación de recursos a áreas específicas. En este contexto hay que examinar el planteamiento de que los facilitadores de aprendizaje deben involucrarse con los sectores populares en actividades que, por un lado, fortalezcan los fundamentos científicos de los sistemas de conocimiento, y por el otro, aumenten sus posibilidades de influir en las políticas de ciencia y tecnología.

Finalmente, son necesarias algunas palabras acerca de las condiciones en que se encuentra la ciencia moderna en este momento de la historia. En un tratamiento ligero, la crisis de la ciencia en Latinoamérica la he enfocado sólo desde el punto de vista de los procesos y estructuras educacionales y científicos. Debe recordarse sin embargo que el texto mismo de la ciencia ha estado en dificultades durante varias décadas. Mucho se ha dicho y escrito acerca de los límites del punto de vista newtoniano para explicar la naturaleza más allá de

los fenómenos que involucran ciertos tamaños, tiempos y estados del movimiento. Sin embargo, el descubrimiento de las limitaciones de toda una serie de aseveraciones, que una vez fueron consideradas como inevitable fundamento de la ciencia, no ha penetrado todavía todos los campos de la actividad científica. Aunque ya nadie quiere que lo tilden de newtoniano o cartesiano, es un hecho que, con excepción de un número relativamente pequeño de científicos que operan en las fronteras de las ciencias naturales, sólo unos pocos han comenzado a incorporar las exigencias de nuevos paradigmas en construcción dentro de sus pensamientos. Por supuesto, como siempre es el caso, las reacciones de la gente a la necesidad de cambio de paradigmas son exageradas y la palabra misma se ha utilizado tanto que ya comienza a perder su significado. De hecho no hay nada malo en ser newtoniano cuando el rango de los fenómenos bajo estudio se presta a los análisis que corresponden a este punto de vista. Pero lo que es importante tener en cuenta es que la propia ciencia moderna está pasando por una metamorfosis, comparable y tal vez de mucho mayor alcance que las transformaciones de las estructuras mentales que le dieron nacimiento. En este camino de búsqueda de excelencia científica en Latinoamérica sería entonces un infortunio que se perdiera de vista este hecho y que se trabajara dentro de concepciones de ciencia y tecnología que pronto serán relegadas a la historia.



VI

La Crisis Ética y Moral

Espero que con las ideas expuestas en las secciones anteriores de este escrito, haya logrado mostrar el nexo que existe entre la forzosa necesidad de un cambio orgánico en la estructura de la sociedad latinoamericana y el imperativo de superar la profunda crisis en sus procesos de generación y aplicación del conocimiento científico y tecnológico. Los argumentos, que admito he desarrollado parcialmente e ilustrado sólo con ejemplos de mis propias experiencias, provienen de la convicción de que el aprendizaje que se promueve entre las masas debe apartarse de los discursos políticos y económicos ya gastados, y explorar el problema de la creación de las estructuras de una nueva sociedad desde la perspectiva del progreso de la cultura científica y tecnológica, no de una élite, sino de los propios pueblos.

Sin embargo, en forma que quisiera aclarar en las páginas siguientes, un nuevo discurso también se agotará rápidamente si no se le presta atención suficiente a la desintegración ética y moral que constituye, al mismo tiempo, causa y efecto de los defectuosos sistemas políticos, socioeconómicos y culturales.

De cualquier manera que se analicen los problemas de la sociedad latinoamericana, en sus estructuras sociopolíticas, sus procesos económicos, sus sistemas científicos y educacionales, sus grandes necesidades tecnológicas insatisfechas, o sencillamente en el quehacer diario de sus pueblos y las

interacciones entre los individuos y las instituciones, es obvio que, en los niveles más fundamentales, existe una profunda crisis moral. Más que cualquier otra cosa, son los propios códigos éticos y morales los que han mostrado ser inadecuados. Por encima de cualquier estructura, es la estructura moral de los individuos y las instituciones la que está siendo destruida por las fuerzas devastadoras que operan en la sociedad. Apelaré de nuevo a las imágenes de la niñez y madurez de la raza humana. Obviamente, las estructuras morales del niño no han tenido la fuerza necesaria para enfrentar las exigencias de la transición a la vida adulta, y el adolescente está tratando por todos los medios de encontrar nuevos conceptos que puedan guiarle en sus decisiones fundamentales acerca del futuro. Las instituciones sociales, religiosas y culturales que tradicionalmente han sido responsables de dicha tarea orientadora, requiriendo en sí mismas de una transformación total, son incapaces de responder a las inquietudes de una edad turbulenta, y de hecho, están sufriendo un proceso de desintegración frente a las mismas fuerzas que su resistencia al cambio ha generado.

El desafío moral de nuestra sociedad no puede enfrentarse, entonces, deplorando la pérdida de valores tradicionales, aunque sin duda son muchas las virtudes del pasado que se han perdido. Es preciso más bien explorar cuidadosamente los códigos éticos y morales que deben caracterizar a la humanidad en su época de madurez, e irlos implantando sistemáticamente. Pero la tarea es aún más desafiante: implica desarrollar las capacidades morales para participar activamente en los proyectos constructivos de la edad de transición, período en el cual, a diario, se sienten los efectos de la desintegración

de un mundo viejo, y se observan eventos descomunales producidos por las fuerzas de la destrucción. Hay que aceptar, finalmente, que la estructura moral de ese hombre bueno que trató de vivir su propia vida sin hacerle daño a nadie, a pesar de estar adornado de virtudes y cualidades como la fe y la caridad, no pudo resistir la devastación que generaron los cambios repentinos de unos pocos siglos. Pero tampoco funcionó la moralidad de ese hombre conflictivo que, al basar su vida en la competencia o la lucha colectiva, decidió que los fines podrían justificar los medios y creó consistentemente una condición de violencia, velada o explícita, que ha penetrado todos los espacios de la vida y todos los niveles de la sociedad global.

Un Doble Propósito

Sin pretender hacer análisis completo, quisiera plantear que, como tema de aprendizaje, la búsqueda de sólidas estructuras éticas y morales se puede enfocar desde la perspectiva de un doble propósito del individuo, el de transformarse a sí mismo y el de contribuir a la transformación de la sociedad. Una aguda conciencia de la estrecha conexión que existe entre estos dos aspectos del cambio es necesaria, para que los nuevos proyectos de los pueblos latinoamericanos no sean expuestos a los errores de las posiciones ideológicas que han dominado el discurso del desarrollo socioeconómico de los países del mundo. En un extremo de los ejes de polarización se ubican aquéllos que ven todo proceso de cambio social como un mero resultado del mejoramiento del individuo, bien sea por medio de la educación, el entrenamiento técnico, o como es común

entre movimientos religiosos fundamentalistas, mediante la salvación personal. En el otro extremo están las concepciones que consideran al hombre enteramente como producto de la sociedad, y proclaman que sólo después de cambios totales estructurales, logrados a cualquier costo, podrá surgir un nuevo hombre solidario y socialmente responsable. Pero la historia está colmada de ejemplos de individuos redimidos, en realidad intachables dentro de una esfera reducida de interacciones, lo mismo que de personas altamente educadas, por lo menos en el sentido del conocimiento material, que en forma consciente o inconsciente han contribuido a la generación y perpetuación de grandes injusticias. También son claros los crímenes de quienes, habiéndole atribuido la culpa de todos los problemas a las estructuras de la sociedad, justificaron actos de opresión más crueles que los que asociaban con las estructuras opresivas que orgullosamente pretendían destruir. De alguna forma, un nuevo código moral tiene que trascender las limitaciones del desenfrenado individualismo y el colectivismo sofocante, y dirigir las energías de cada individuo hacia el desarrollo de sus propios talentos y potencialidades, en forma que la voluntad personal quede sometida a las exigencias del bienestar de toda la raza humana.

Para que esto suceda, creo que ha de ser necesario incorporar en el discurso sobre los valores, el análisis de aquellas fuerzas que deben configurar y dirigir el doble propósito del individuo. No basta con que la motivación y la voluntad que caracterizan a una persona con propósitos definidos estén basadas en un mero idealismo o en sentimientos de indignación ante situaciones de opresión e injusticia. Más bien, el propósito moral debe ser fruto de la atracción hacia la Belleza

y la Perfección. De esta atracción nace la necesidad de desarrollar las perfecciones humanas. Este desarrollo recibe impulso de otra fuerza que surge del anhelo, también inherente a la naturaleza humana, de trabajar en pos del conocimiento. En efecto, los poderes investigativos del hombre inducen su mente a descubrir los misterios de un universo que es infinito en la diversidad de sus fenómenos internos y externos, visibles e invisibles. Esos poderes le confieren al hombre la capacidad de conocerse a sí mismo, le permiten comprender la nobleza con que ha sido dotado y le orientan hacia el camino de la verdadera libertad. Si se fomenta este deseo natural, el escrutinio de la realidad se convierte en un rasgo esencial del individuo cuyo propósito moral lo empuja constantemente a buscar la transformación personal y social.

Cuando se examinan los códigos morales a la luz de una finalidad clara de transformación, y cuando ésta la determinan fuerzas como la atracción hacia la belleza, la unidad, la libertad y la nobleza, y además, cuando el cambio se alimenta de la libre e independiente investigación de la verdad, surge la posibilidad de reflexionar sobre las virtudes humanas en el contexto de las exigencias de los procesos históricos dentro de los cuales estamos inmersos. Se evita, entonces, que el discurso sobre la moralidad se convierta en una marcada reiteración de la bondad de estas virtudes en el mismo lenguaje que se utilizó para lograr su comprensión en el hombre niño. Por otra parte, se evita incurrir en el gravísimo error de tantos movimientos que, rechazando las malas interpretaciones que les dieran sistemas sociales dominantes y opresivos, trataron de reemplazarlas por enunciados ideológicos que de ningún modo alcanzan a penetrar el fondo del corazón del ser humano.

Capacidades Morales

Las estructuras morales de un individuo se construyen por medio de una serie de conceptos, conocimientos, destrezas, habilidades y actitudes que será necesario examinar, con gran esmero, en el proceso de aprendizaje. El desarrollo de estos componentes de la moralidad se hace posible si se basa en cualidades y virtudes que son propias del espíritu humano, desarrollo que a la vez nutre las mismas cualidades espirituales en el alma de cada individuo. En aras de un cientificismo absurdo, movimientos intelectuales de la civilización occidental han tratado de borrar totalmente la mención de cualidades como el amor, la fe, la honradez, el desprendimiento y la humildad, sustituyéndolas por términos y conceptos que, a pesar de la complejidad con que se visten, nunca imparten los significados claros y profundos de las palabras originales. Las masas de la humanidad, por otro lado, depositarias de una sabiduría milenaria, tienen estos conceptos bien incorporados a sus pensamientos y lenguaje; lo curioso es que los mismos intelectuales los emplean normalmente en los espacios privados de sus vidas, pero se avergüenzan de hacer referencia a ellos en actuaciones públicas. Me parece que al entrar en un proceso de aprendizaje con los sectores populares, será necesario recuperar el uso de esos conceptos que han servido para expresar las aspiraciones espirituales de los seres humanos durante miles de años. Por supuesto, el desafío está en que dicha reivindicación se realice haciendo explícitos los significados y las implicaciones de las cualidades espirituales en el contexto de los proyectos de cambio.

El enfocar la cuestión moral y ética desde el punto de vista de los propósitos de transformación individual y social, se

presta para que se examinen los conceptos, destrezas, habilidades y actitudes requeridos, en términos de unas capacidades que hay que desarrollar para ir edificando las deseadas estructuras morales. Por ejemplo, el individuo resuelto a seguir los dictados de su naturaleza superior tiene que tener la capacidad de mostrar iniciativa, con creatividad y disciplina a la vez. La creatividad implica cualidades como la fe, la esperanza, el optimismo y la confianza, y requiere la habilidad de juntar elementos en el ambiente físico y social para crear posibilidades de progreso, y de analizar las fuerzas que habría que utilizar para superar las barreras y aprovechar las oportunidades. Pero una iniciativa carente de disciplina espiritual invariablemente conduce a la autoindulgencia, a la experimentación infructuosa y a la repetición irresponsable de errores. Para someterse a esta disciplina se hace necesaria una comprensión profunda de los conceptos que definen los límites de la libertad individual, y la naturaleza de la responsabilidad social y de los lazos que deben unir a los seres humanos para alcanzar, como un todo, propósitos elevados.

Junto a esta capacidad de mostrar iniciativa, el individuo necesita desarrollar otra capacidad moral, la de buscar la armonía y la de ser un constructor de la unidad. De nuevo, esta capacidad se estructura con cualidades como el amor, la bondad, la generosidad y la justicia, con destrezas y habilidades como las de identificar puntos de acuerdo común para ir conformando un consenso, con actitudes como el respeto y la empatía, y con la comprensión de conceptos esenciales que ayudan a descalificar los prejuicios de raza, clase, sexo y nacionalidad, y a rectificar relaciones de dominación que suelen existir entre los individuos, los grupos y, desde luego, entre



las naciones. Son muchas las capacidades morales que deben ser objeto de deliberación y aprendizaje en proyectos de transformación personal y social, como, por ejemplo, la capacidad del individuo de participar en empresas colectivas y contribuir significativamente a su desarrollo, su capacidad de formar una familia armoniosa que sirva como el primer espacio esencial para la reproducción de los valores humanos, su capacidad de trabajar diligentemente y con decoro dentro de un espíritu de servicio a la comunidad, su capacidad de interactuar con el medio ambiente físico, no como un depredador, sino como alguien que racionalmente utiliza y preserva los recursos naturales, y su capacidad de funcionar dentro del ambiente social, participando en las instituciones de la sociedad no sólo como usuario de servicios, sino como elemento que contribuye sabiamente a fortalecer los arreglos institucionales que apoyan el bienestar de la humanidad. Todos estos atributos dependen de otra capacidad más básica y amplia, la de poder identificar las bases morales y éticas de cada decisión, sean ellas decisiones pequeñas de la vida diaria, o decisiones grandes de políticas que rigen los inmensos procesos sociales. Me parece que es por medio de este camino de deliberaciones acerca de las capacidades éticas y morales que finalmente será posible encarar el imperioso desafío de abrirles caminos a las grandes masas hacia una participación efectiva en los procesos y estructuras de toma de decisiones.



VII

La Religión

No hay duda de que un discurso propio latinoamericano, centrado en temas de aprendizaje sobre la ciencia y la tecnología, y envuelto en deliberaciones profundas sobre el propósito y las capacidades morales que impulsarían un proceso sano de modernización, contribuirá enormemente al florecimiento de movimientos sociales dentro de los cuales los sectores populares puedan trabajar en la construcción de una nueva sociedad. Pero aun así, hay que preguntar si realmente tal proceso de aprendizaje generará las enormes fuerzas que los pueblos tendrán que aplicar para forjar su destino, para poner en marcha procesos de desarrollo autóctono, y para erigirse a contribuir al desenvolvimiento de una civilización mundial. Creo que la respuesta a esta pregunta es negativa y que es esencial situar el discurso dentro de un contexto espiritual.

Cuando me vine a vivir a Colombia, estaba yo convencido de que las fuerzas necesarias para la transformación social se originarían principalmente en dos fuentes, la ciencia y la religión. Inicialmente traté de contribuir al desarrollo de cada una por separado, en espacios distintos, pero me fui convenciendo cada vez más de algo que debería haber entendido mejor, que solo cuando se articulan los dos discursos y se apoyan mutuamente, sin invadir el uno el dominio del otro, la fuerza del conocimiento orienta la dirección del cambio en la forma debida. Fui comprendiendo con mayor claridad

las implicaciones de la idea de que la religión sin la ciencia pronto llega a ser superstición pura, y que la ciencia sin la religión es instrumento de un materialismo brutal.

Quisiera proponer, entonces, que los facilitadores de aprendizaje examinen también cuidadosa e imparcialmente la temática de la espiritualidad. Me parece necesario volver a plantear inquietudes que nunca han sido resueltas satisfactoriamente en esas corrientes intelectuales que le rinden culto a un concepto limitado de la racionalidad. Siendo que un rasgo sobresaliente de los pueblos latinoamericanos es su atracción hacia los asuntos espirituales, apego que tiene sus más profundas raíces en los propios acontecimientos históricos que los forjaron, ¿tendrá sentido excluir la religión de las deliberaciones de dichos pueblos acerca de su propio destino? ¿Será en realidad posible explorar y adoptar nuevos códigos morales y adquirir las cualidades necesarias para liberarse de la lucha por la supervivencia, si la moralidad no se robustece con sentimientos que han penetrado el corazón, y con creencias espirituales que han moldeado el carácter y el temple del individuo? ¿Funcionó finalmente ese sistema ético que se trató de construir con base en teorías materialistas de interacciones con el medio ambiente y la sociedad, a pesar de todos los ideales que se trataron de inculcar por medio de sistemas poderosos de educación y propaganda? ¿Provenían históricamente estos nobles ideales de los deseos de un arreglo complejo de moléculas regido por las leyes físicas de sobrevivir y perpetuar la raza? Siendo tan obvio que el hombre puede utilizar la ciencia para bien o para mal, para crear o para destruir ¿cómo se puede esperar que la guía para el uso del conocimiento científico provenga de la ciencia misma? ¿No será necesario

dejar de lado ese positivismo absurdo que al tiempo que nos abrió las puertas de una ciencia poderosa, nos abrumó también de errores que nos han llevado a las peores crisis de la historia de la raza? Si aceptamos definiciones más acertadas de la ciencia que ya admiten la influencia de las creencias, la cultura y la ideología en la construcción del cuerpo de conocimiento científico, ¿no deberemos examinar, de nuevo, la naturaleza de dichas creencias y comprender mejor sus aspectos trascendentales? Si la naturaleza sólo es capaz de dar respuestas a aquellas preguntas que se le hacen, preguntas que se formulan dentro de paradigmas elaborados en procesos complejos de pensamiento individual y colectivo, entonces ¿cuál es la luz que ilumina la inteligencia del hombre para que haga las preguntas apropiadas, para que no pierda de vista las conexiones profundas que existen entre las diversas realidades, y para que no descubra solamente elementos aislados de la ciencia que, en su forma más fragmentada, sólo conducen a la destrucción del mundo físico y social, y colman el interior del ser humano de confusión y finalmente de desesperanza?

El Lenguaje de la Religión

Es claro que la incorporación de temas religiosos en el aprendizaje riguroso en torno a la ciencia y la tecnología, implicaría cambios fundamentales en las concepciones de la religión que, en la mayoría de los casos, corresponden a la edad de la infancia de la raza humana. De nuevo, el desafío es cuidarse de aquellas interpretaciones que invariablemente han confundido el pensamiento religioso en el transcurso de la vida de cada religión. Para que la discusión sobre la espiri-

tualidad entre los sectores populares pueda iluminar el proceso de transformación, habría que evitar los peligros de caer en el fundamentalismo así como en ese relativismo que le quita a la religión toda su energía. Habría que obviar las jerarquías rígidas e inflexibles, pero sin menoscabar las capacidades organizativas de la religión como una institución de la sociedad humana. Sería preciso desprenderse de cultos y rituales, y buscar la expresión de los sentimientos y susceptibilidades del corazón humano en formas que combinen la sencillez, la profundidad, la autenticidad y la belleza.

En el plano de las creencias fundamentales, y aun sin negar la realidad de los misterios, es difícil pensar que el hombre en su edad de madurez pueda seguir creyendo en un Dios que a veces toma los atributos de la existencia material. No tiene sentido concebir a un Creador que puede ser abarcado por su creación, visto con sus ojos y comprendido por su mente. Pero la creencia en un Dios cuya esencia es insondable, que es exaltado por encima de cualquier imaginación de la mente humana, genera y encauza, sin dar pie a contradicciones, las fuerzas espirituales que deben regir el crecimiento de un alma racional. Esta creencia en una esencia inconocible no debe confundirse con los postulados del agnosticismo ya que la voluntad y los atributos que emanan de Dios penetran hasta las partículas más elementales del universo, y son palpables y activos en la vida humana. La adquisición de estos atributos se puede considerar como el propósito primordial de la vida individual y colectiva de la humanidad.

De estos atributos, es el amor el que se expresa como la fuerza integradora de toda la existencia. Aun en el mundo físico, es la fuerza de atracción que permite la composición,

el crecimiento y la organización de las cosas en una infinita diversidad de configuraciones. En el reino humano, donde se manifiestan las susceptibilidades espirituales, el amor ejerce su influencia en grado superlativo, y proporciona vida y progreso. Así como el agua muestra sus poderes de variadas maneras, calmando la sed, haciendo que germine y crezca la semilla, o creando movimiento y energía, el principio del amor también se expresa de variadas formas, por ejemplo, en el amor por otro ser humano, por la familia, por el país, por el género humano, por el conocimiento o por la belleza. Pero el amor es infinito y todos los canales para su expresión en el ser humano son limitados. Si no se ubican las realizaciones limitadas del amor dentro del contexto del amor infinito, el amor se distorsiona, aparecen los prejuicios, y lo que debería haber sido causa de cohesión y de vida, finalmente termina ocasionando muerte y desintegración.

Para que el ser humano se conecte y se desenvuelva en armonía con los poderes del amor universal, hay necesidad de un conocimiento espiritual. Un estudio a fondo de la historia humana muestra que el descubrimiento de dicho conocimiento no se ha dejado como pura labor individual; claramente se detecta un proceso de revelación progresiva que rige la evolución espiritual colectiva del género humano. Así como en la experiencia individual, además de los frutos de la observación, la experimentación, el raciocinio, el estudio del conocimiento acumulado y de la tradición, existe también la influencia palpable, aunque incomprensible, de la inspiración, en la vida colectiva del hombre la aparición de grandes maestros espirituales introduce el elemento de la inspiración divina y propulsa el progreso de la civilización. Entre estos maestros espirituales, algunos, fundadores de las religiones mayores como

el Budismo, el Hinduismo, el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam, se elevan por encima de la existencia humana, y manifiestan con perfección la voluntad y los atributos de Dios. Sus mensajes están expresados en forma tal que es entendible para los pueblos de su tiempo, a la vez que dan el impulso a otra etapa de la evolución espiritual de la humanidad.

Es en el contexto de las convulsiones de los últimos dos siglos, de la destrucción acelerada de las estructuras de un mundo viejo, y de las extraordinarias posibilidades que han aparecido para la creación de una nueva civilización mundial, que los bahá'ís proclaman al fundador de su religión como la más reciente en la Cadena de Manifestaciones Divinas. Bahá'u'lláh, quien vivió durante la última parte del siglo pasado, previó y ofreció explicaciones claras y profundas del desenvolvimiento de los procesos de la vida de la humanidad en estos tiempos, y enseñó los principios y las concepciones básicas para la construcción de un orden global. Si no se acepta una teoría de revelación progresiva, si no se conciben las diversas religiones como capítulos sucesivos de un mismo libro, los cuales se revelan en momentos cruciales de la historia humana, si los seguidores de cada religión continúan insistiendo en que sus creencias son superiores a las de los demás, y que el fundador de su religión tiene una posición privilegiada entre las distintas Manifestaciones, ¿cómo va a ser posible acabar con los prejuicios religiosos que siguen constituyendo una de las fuerzas más destructivas de la infancia y adolescencia de la raza humana? Por derecho propio, la religión debe ser la causa de la unidad, si por el contrario lo que produce es odio y división, sería mucho mejor que no existiera.

Finalmente, quisiera referirme al lenguaje que corresponde a una concepción de la religión que no la considera como algo antagónico a la ciencia, que a la vez no la relega a un espacio de mera reflexión sobre lo inabordable, y que abre la posibilidad de analizar el fenómeno de la religión en términos racionales y científicos, sin temor a que surjan contradicciones irreconciliables. Uno de los logros más sobresalientes de la ciencia en este último siglo ha sido la introducción al sistema del pensamiento humano del principio de complementariedad. Parece ser que la única forma de salir de las aparentes contradicciones que se descubrieron en la observación de las propiedades de los átomos y sus componentes en el siglo pasado, es aceptar que la materia se comporta a la vez como partícula y como onda. Pero nunca es posible arreglar los instrumentos de la medición de tal forma que aparezcan las dos características simultáneamente. En dos conjuntos mutuamente excluyentes de descripciones, se utiliza el lenguaje de las partículas o de las ondas para explicar las propiedades completas de las piezas fundamentales de la materia. Creo que algo similar rige la descripción de los fenómenos espirituales. Por un lado, por medio del raciocinio y métodos racionales se pueden describir estos fenómenos en términos abstractos e intelectuales. Por otra parte, un lenguaje poético expresa los sentimientos profundos del corazón humano, personaliza a Dios, e impregna la religión de una fuerza que toca y hace vibrar las mismas fibras de la esencia de cada ser humano. La errónea interpretación de este lenguaje es la causa primordial del divorcio que existe hoy día entre la religión y la ciencia. Como un testimonio de la eficacia de la complementariedad de los dos componentes del lenguaje religioso, he seleccionado

unos pocos pasajes de la literatura de la Fe bahá'í los cuales presento a continuación.

¡Oh Hijo del Espíritu! Lo más amado de todo ante Mi vista es la Justicia; no te apartes de ella si Me deseas y no la des-cuides para que Yo pueda confiar en ti. Con su ayuda verás con tus propios ojos y no por los ojos de otros, y conocerás con tu propio conocimiento y no mediante el conocimiento de tu prójimo. Pondera en tu corazón cómo te corresponde ser. En verdad, la justicia es Mi ofrenda a ti y el signo de Mi amorosa bondad. Tenla pues ante tus ojos.¹

La expresión de Dios es una lámpara, cuya luz son estas palabras: Sois los frutos de un solo árbol y las hojas de una sola rama. Trataos unos a otros con extremo amor y armonía, con amistad y compañerismo. ¡Aquel que es el Sol de la Verdad es Mi testigo! Tan potente es la luz de la unidad que puede iluminar toda la tierra.²

Considerad atentamente: todos estos fenómenos variados, estos conceptos, este conocimiento, estos métodos técnicos y sistemas filosóficos, estas ciencias, artes, industrias e inventos, todos son emanaciones de la mente humana. Cuanto más se ha adentrado la gente en éste océano sin fondo, tanto más se ha superado. La dicha y el orgullo de una nación consisten en esto, a saber, en que brille como el sol en el alto cielo del conocimiento... Nos ha dado Dios ojos para que podamos mirar al mundo en derredor y echar mano de cuanto hará avanzar la civilización y las artes de la vida. Nos ha dispensado oídos para que podamos oír y aprovechar la sabiduría de los estudiosos y filósofos e incorporarla a su promoción y práctica. Se nos han conferido sentidos y facultades para dedicarlos al servicio y bien general, de modo que nosotros, que nos dis-

tinguimos sobre las demás formas de vida por la percepción y la razón, breguemos en todo tiempo y en todos los campos, sea la ocasión grande o menuda, ordinaria o extraordinaria, hasta que la humanidad toda se haya congregado sana y salva dentro de la fortaleza inexpugnable del conocimiento. De continuo deberíamos establecer bases nuevas para la felicidad humana y promover instrumentos renovados con vistas a este fin. Cuán excelente, cuán honorable se vuelve el hombre si se alza a desempeñar sus responsabilidades; cuán desdichado y despreciable si cierra sus ojos al bienestar de la sociedad y malgasta esta preciosa vida yendo en procura de sus propios intereses egoístas y ventajas personales. Corresponde al hombre la felicidad suprema; y ha de contemplar él los signos de Dios en el mundo y en el alma humana, si arremete con el corcel del mayor esfuerzo en la lid de la civilización y de la justicia.³

Las virtudes de la humanidad son muchas, pero la ciencia es la más noble de todas ellas. La distinción que goza el hombre, y que lo ubica por encima y del estado animal se debe a esta virtud suprema. Esta es un don de Dios; no es material; es divina. La ciencia es un resplandor del Sol de la Realidad, el poder de investigar y descubrir las verdades del universo, los medios por los cuales el hombre encuentra el sendero hacia Dios... La ciencia es la primera emanación de Dios hacia el hombre. Todas las cosas creadas encarnan la potencialidad de la perfección material, pero el poder de la investigación intelectual y la adquisición científica es una virtud superior privativa del hombre. Otros seres y organismos están privados de esta potencialidad y realización. Dios ha creado o depositado este amor de la realidad en el hombre. El desarrollo y progreso de una nación está en proporción a la medida y grado de los logros científicos de esa nación. Por este medio su grandeza se incrementa continuamente, y día tras día el bienestar y prosperidad de su pueblo son asegurados.⁴

Todas las cosas creadas tienen su grado o etapa de madurez. El período de madurez en la vida de un árbol es el momento de dar frutos... El animal alcanza una etapa de completo desarrollo e integridad, y en el reino humano el hombre alcanza su madurez cuando las luces de la inteligencia tienen su más grande poder y desarrollo... De igual manera, existen períodos y etapas en la vida del conjunto del mundo de la humanidad, la cual en un momento pasó a través del grado de la infancia, en otro momento por el grado de juventud, pero ahora ha entrado en su largamente presagiado período de madurez, cuyas evidencias son visibles y manifiestas en todas partes... Aquello que era aplicable a las necesidades humanas durante la temprana historia de la raza no podría satisfacer ni llenar las demandas de este día y período de innovación y consumación. La humanidad ha emergido de sus anteriores grados de limitación y entrenamiento preliminar. El hombre debe ahora imbuirse con nuevas virtudes y poderes, una nueva moral, nuevas capacidades. Nuevas bondades, dones y perfecciones están esperando listas para descender sobre él. Las generosidades y gracias del período de juventud, aunque oportunas y suficientes durante la adolescencia del mundo de la humanidad, son ahora incapaces de llenar las necesidades de su madurez.⁵

Al contemplar el mundo que nos rodea, nos vemos obligados a observar las múltiples evidencias de esa efervescencia universal que, en cada continente del globo y en cada compartimiento de la vida humana, ya sea religioso, social, económico o político, está purificando y adaptando a la humanidad en espera del Día, en el cual la totalidad de la raza humana habrá de ser reconocida y su integridad establecida. Un doble proceso, no obstante, puede ser distinguido, cada uno tendiendo, a su propio modo y con acelerado ímpetu,

a conducir hacia un clímax a las fuerzas que están transformando la faz de nuestro planeta. El primero es esencialmente un proceso de integración, mientras que el segundo es fundamentalmente destructivo. El primero, a medida que evoluciona constantemente, revela un Sistema que bien puede servir como modelo de ese orden político hacia el cual un mundo en extraña perturbación está continuamente avanzando; mientras que el otro, al ahondar su influencia desintegradora, tiende a derribar, con creciente violencia, las anticuadas barreras que intentan bloquear el progreso de la humanidad hacia su meta predestinada.⁶

El primer cirio es la unidad en el dominio político, cuyos primeros destellos ya se distinguen. El segundo cirio es la unidad de pensamiento en tareas mundiales, la consumación de la cual pronto será presenciada. El tercer cirio es la unidad en libertad, la cual sin duda ha de llegar. El cuarto cirio es la unidad de religión, la piedra angular de los cimientos mismos, que, por el poder de Dios, será revelada en todo su esplendor. El quinto cirio es la unidad de las naciones, una unidad que en este siglo quedará firmemente establecida, haciendo que todos los pueblos del mundo se consideren a sí mismos como ciudadanos de una sola patria común. El sexto cirio es la unidad de las razas, que hará de todos cuantos habitan la tierra pueblos y linajes de una misma raza. El séptimo cirio es la unidad de idioma, es decir, la selección de una lengua universal en que sean instruidos y conversen todos los pueblos. Inevitablemente habrán de acontecer cada uno de ellos, por cuanto el poder del Reino de Dios prestará ayuda y apoyo en su realización.⁷

Bahá'u'lláh, dirigiéndose al “concurso de gobernantes de la Tierra”, reveló lo siguiente:

“Tomad consejo juntos, y ocupaos sólo de lo que beneficie a la humanidad y mejore su condición... Considerad al mundo como el cuerpo humano, que aunque al ser creado es sano y perfecto, ha sufrido, por diversas causas, graves trastornos y enfermedades. Ni un día logró alivio; más aún su dolencia se hizo más severa, puesto que cayó en manos de médicos ignorantes que dieron rienda suelta a sus deseos personales y erraron gravemente. Y si alguna vez, por el cuidado de un médico hábil, un miembro de aquel cuerpo sanaba, el resto quedaba enfermo como antes...”

En otro pasaje, Bahá'u'lláh agrega estas palabras:

“Vemos que aumentáis vuestros gastos cada año, y colocáis su carga sobre vuestros súbditos. Esto, verdaderamente, es total y gravemente injusto. Temed los suspiros y lágrimas de este Agraviado y no coloquéis cargas excesivas sobre vuestros pueblos... Estad reconciliados entre vosotros, para que no necesitéis más armamentos, salvo en la medida que exija el resguardo de vuestros territorios y dominios... Sed unidos, oh concurso de soberanos del mundo, pues con ello la tempestad de la discordia será acallada entre vosotros y vuestro pueblo encontrará descanso. Si alguno de entre vosotros tomare armas contra otro, levantaos todos contra él, pues esto no es sino justicia manifiesta”.

¿Qué otra cosa podrían significar estas importantes palabras que no fuera una referencia a la inevitable reducción de las ilimitadas soberanías nacionales como requisito indispensable para la formación de la futura Mancomunidad de todas las naciones del mundo? Es necesario desarrollar cierta forma de superestado mundial, a favor del cual todas las naciones del mundo voluntariamente habrán de ceder todo derecho a entrar en guerra, ciertos derechos a recaudar impuestos y todos los derechos a mantener armamentos, salvo con el propósito de

mantener el orden interno dentro de sus respectivos dominios. Dicho estado habrá de incluir en su órbita a un poder ejecutivo internacional con capacidad para hacer valer la autoridad suprema e indiscutible en todo miembro recalcitrante de la mancomunidad; un parlamento mundial cuyos miembros serán elegidos por el pueblo en sus respectivos países y cuya elección será confirmada por sus respectivos gobiernos; y un tribunal supremo cuyos dictámenes tendrán efectos obligatorios aun en los casos en que las partes interesadas no estén voluntariamente de acuerdo en someter la disputa a su consideración. Una comunidad mundial en la que todas las barreras económicas serán derribadas para siempre y en la que se reconocerá definitivamente la interdependencia del Capital y el Trabajo; en la que el clamor del fanatismo y el conflicto religioso será acallado para siempre; en la que será finalmente extinguida la llama de la animosidad racial; en la que un código único de derecho internacional –producto de un juicioso análisis de los representantes federados del mundo– será sancionado por la intervención ins-tantánea y coercitiva de las fuerzas combinadas de las unidades federadas; y, finalmente, una comunidad mundial en la que el furor de un nacionalismo caprichoso y militante será trocado por una perdurable conciencia de ciudadanía mundial; así es como se presenta, en líneas generales, el Orden anticipado por Bahá'u'lláh, Orden que habrá de ser considerado el más hermoso fruto de una era en lenta maduración.

“El Tabernáculo de la Unidad”, proclama Bahá'u'lláh en Su mensaje a toda la humanidad, “ha sido levantado; no os miréis como extraños los unos a los otros... Sois los frutos de un solo árbol y las hojas de una sola rama... La tierra es un solo país, y la humanidad, sus ciudadanos... Que ningún hombre se gloríe de que ama a su patria; que más bien se gloríe de que ama a sus semejantes”.

Que no quede ningún recelo en cuanto al propósito que se anima a la Ley mundial de Bahá'u'lláh. Lejos de tender a la subversión de los fundamentos actuales de la sociedad, trata de ampliar su base, de amoldar sus instituciones en consonancia con las necesidades de un mundo en constante cambio. No está en conflicto con compromisos legítimos ni socava lealtades esenciales. Su propósito no es ni sofocar la llama de un sano e inteligente patriotismo en el corazón del hombre, ni abolir el sistema de autonomía nacional tan esencial cuando se busca evitar los males de un excesivo centralismo. No ignora ni intenta suprimir la diversidad de orígenes étnicos, de climas, de historia, de idioma y de tradición, de pensamiento y de costumbres que distinguen a los pueblos y naciones del mundo. Insta a una lealtad más amplia, a un anhelo mayor que cualquiera de los que la raza humana ha sentido. Insiste en la subordinación de móviles e intereses nacionales a los imperativos reclamos de un mundo unificado. Repudia el centralismo excesivo por una parte, y rechaza todo intento de uniformidad por otra. Su consigna es la unidad en diversidad como El Mismo 'Abdu'l-Bahá ha aclarado:

“Considerad las flores de un jardín. Aunque diferentes en clase, color y forma, sin embargo, puesto que son refrescadas por el agua de una misma fuente, reanimadas por el aliento de un mismo viento y vigorizadas por los rayos de un mismo sol, esta diversidad aumenta sus encantos y aporta a su belleza. ¡Qué desagradable para la vista si todas las flores y las plantas, las hojas y los capullos, los frutos, las ramas y los árboles de ese jardín fuesen todos de la misma forma y del mismo color! La diversidad de tonos y formas enriquece y adorna el jardín, y aumenta el encanto de éste. De modo similar, cuando las diversas maneras del pensamiento, del temperamento y del carácter son reunidas mediante el poder y la influencia de un organismo central, quedarán reveladas y se

manifestarán la belleza y la gloria de la perfección humana. Nada que no sea el poderío celestial de la Palabra de Dios, que gobierna y trasciende las realidades de todas las cosas, es capaz de armonizar los diversos pensamientos, sentimientos, ideas y convicciones de los hijos de los hombres”.

El llamado de Bahá’u’lláh se dirige principalmente contra toda forma de localismo, contra toda estrechez y prejuicio. Si los ideales largamente acariciados y las instituciones largamente veneradas, si ciertas convenciones sociales y fórmulas religiosas han dejado de fomentar el bienestar de la mayoría de la humanidad, si ya no cubren las necesidades de una humanidad en continua evolución, que sean descartadas y que queden relegadas al lugar de las doctrinas obsoletas y olvidadas. ¿Por qué éstas, en un mundo sujeto a la inmutable ley del cambio y la decadencia, han de quedar eximidas del deterioro que necesariamente se apodera de toda institución humana? Porque las pautas legales, las teorías políticas y económicas han sido diseñadas sólo para proteger los intereses de la humanidad toda, y no para que la humanidad se vea crucificada por la conservación de la integridad de alguna ley o doctrina determinada.

Que no haya ningún malentendido. El principio de la Unidad de la Humanidad –pivote sobre el que giran todas las enseñanzas de Bahá’u’lláh– no es un mero estallido de sentimentalismo ignorante o una expresión de vaga y piadosa esperanza. Su llamado no debe ser simplemente identificado con un renacimiento del espíritu de hermandad y de buena voluntad entre los hombres, ni tampoco tiene el solo propósito de fomentar la cooperación armoniosa entre individuos y naciones. Su significación es más profunda, sus aspiraciones son mayores que las correspondientes a los Profetas del pasado. Su mensaje es aplicable no sólo al individuo sino que atañe principalmente a la naturaleza de aquellas relaciones esenciales

que han de ligar a todos los estados y naciones como a miembros de una familia humana. No constituye simplemente el enunciado de un ideal, sino que está inseparablemente vinculado a una institución apropiada para encarnar su verdad, para demostrar su validez y para perpetuar su influencia. Implica un cambio orgánico en la estructura de la sociedad actual, un cambio que todavía el mundo no ha experimentado. Constituye un desafío, audaz y universal a la vez, a las gastadas consignas de los credos nacionales, credos que han tenido su día y que, en el transcurso normal de los sucesos, modelado y controlado por la Providencia, deberán abrir paso a un nuevo evangelio, fundamentalmente diferente e infinitamente superior a lo que el mundo ha concebido hasta ahora. Requiere nada menos que la reconstrucción y la desmilitarización de todo el mundo civilizado, un mundo orgánicamente unificado en todos los aspectos esenciales de su vida, de su maquinaria política, de su anhelo espiritual, de su comercio y de sus finanzas, de su escritura y de su idioma, y aun así, infinito en la diversidad de las características nacionales de sus unidades federadas.

Representa la consumación de la evolución humana, evolución que ha tenido sus orígenes en el nacimiento de la vida familiar, su subsiguiente desarrollo en el logro de la solidaridad tribal, que llevó a su vez a la constitución de la ciudad-estado y que posteriormente se expandió en la institución de la nación independiente y soberana.

El principio de la Unidad de la Humanidad, tal como lo proclamara Bahá'u'lláh, lleva consigo ni más ni menos que una solemne afirmación de que el logro de esa etapa final en esta estupenda evolución es no sólo necesario sino inevitable, que su concreción se aproxima rápidamente y que nada que no sea el poder nacido de Dios conseguirá establecerlo.⁸

Al referirse a la religión como una fuerza social, Bahá'u'lláh escribió: “La religión es el más grande de todos los medios para el establecimiento del orden en el mundo y para la pacífica satisfacción de todos los que en él habitan”. Con respecto al eclipse o corrupción de la religión, escribió: “Si la lámpara de la religión se apagara, el caos y la confusión sobrevendrían, y las luces de la honradez, de la justicia, de la tranquilidad, y de la paz dejarían de brillar”. En una enumeración de dichas consecuencias, las escrituras bahá'ís señalan que la “perversión de la naturaleza humana, la degradación de la conducta humana, la corrupción y la disolución de las instituciones humanas, se revelan, en tales circunstancias, en sus peores y más repugnantes aspectos. El carácter humano se envilece, la confianza vacila, los nervios de la disciplina se relajan, la voz de la conciencia humana se acalla, el sentido de la decencia y la vergüenza se oscurece, los conceptos de deber, de solidaridad, de reciprocidad y de lealtad se distorsionan, y hasta los sentimientos de paz, de alegría y de esperanza se extinguen gradualmente”.

Consecuentemente, si la humanidad ha llegado a un punto de conflicto paralizante, debe buscar dentro de sí misma, dentro de su propia negligencia, en los cantos de sirena que ha escuchado, para encontrar la fuente de engaño y confusión perpetrados en nombre de la religión. Aquéllos que se han aferrado ciega y egoístamente a sus propias ortodoxias, quienes han impuesto sobre sus fervientes devotos interpretaciones erróneas y conflictivas de las declaraciones de los profetas de Dios, asumen grave responsabilidad por esta confusión –confusión que se complica por las barreras artificiales erigidas entre la fe y la razón, la ciencia y la religión. Porque después de un examen imparcial de las verdaderas aseveraciones de los fundadores de las grandes religiones, y de los medios sociales en los que fueron obligados a llevar a cabo sus misiones, no

hay nada que apoye las contenciones y prejuicios que trastornan a las comunidades religiosas de la humanidad y, por lo tanto, a todos los asuntos humanos...

El resurgimiento del fervor religioso fanático que está ocurriendo en muchos países no puede ser considerado más que como una convulsión agonizante. La propia naturaleza de los fenómenos violentos y disociadores que se relacionan con dicho resurgimiento son testimonio de la bancarrota espiritual que representa. En verdad, una de las características más extrañas y tristes de la explosión actual de fanatismo religioso es la magnitud con que, en cada caso particular, está socavando no sólo los valores espirituales que son conducentes a la unidad de la humanidad sino también aquellas singulares victorias morales ganadas por la misma religión a la que pretende servir.⁹

¡Oh Hijo del Espíritu! Te creé rico, ¿por qué te reduces a la pobreza? Te hice noble, ¿por qué te degradas a ti mismo? De la esencia del conocimiento te di el ser, ¿por qué buscas esclarecimiento en alguien fuera de Mí? De la arcilla del amor te moldeé, ¿cómo puedes ocuparte de otro? Vuelve tu vista hacia ti mismo, para que Me encuentres estando firme dentro de ti, fuerte, poderoso y autosubsistente.¹⁰

¡Oh Hijo del Hombre! Tú eres Mi dominio y Mi dominio no perece, ¿por qué temes perecer? Tú eres Mi luz y Mi luz jamás será extinguida, ¿por qué temes la extinción? Tú eres Mi gloria y Mi gloria no se desvanece; tú eres Mi manto y Mi manto no se desgastará nunca. Permanece, pues, en tu amor hacia Mí, para que puedas encontrarme en el reino de la gloria.¹¹

¡Oh Hijo del Espíritu! Mi derecho sobre ti es grande; no puede ser olvidado. Mi gracia para contigo es abundante; no puede

ser velada. Mi amor ha fijado en ti su hogar; no puede ser ocultado. Mi luz te es manifiesta; no puede ser oscurecida.¹²

¡Oh Vosotros que Tenéis Inteligencia para Entender y Oídos para Escuchar! El primer llamado del Amado es éste: ¡Oh ruiseñor místico! No habites sino en el rosedal del espíritu. ¡Oh mensajero del Salomón del amor! No busques refugio sino en la Sabá del bienamado. Y, ¡oh fénix inmortal! No mores salvo en el monte de la fidelidad. Esta es tu morada, si con las alas de tu alma te remontas hacia el reino del infinito y tratas de alcanzar tu meta.¹³

Excelso, inmensamente excelso, eres Tú, por encima de los esfuerzos que haga el hombre mortal por desentrañar Tu misterio, describir Tu gloria o siquiera insinuar la naturaleza de Tu Esencia. Pues por mucho que logren tales esfuerzos, jamás podrán tener la esperanza de trascender las limitaciones impuestas a Tus criaturas, ya que esos empeños están animados por Tu decreto y son engendrados por Tu inventiva. Los sentimientos más elevados que el más santo de los santos pueda expresar en Tu alabanza, y la sabiduría más profunda que el más erudito de los hombres pueda pronunciar en su tentativa por comprender Tu naturaleza, todos giran alrededor de aquel Centro que está completamente subordinado a Tu Soberanía, adora Tu Belleza y es propulsado por el movimiento de Tu Pluma.¹⁴

¡Oh Hijo del Espíritu! Sabe de una verdad: aquel que ordena a los hombres ser justos y él mismo comete iniquidad, no es de los Míos, aunque lleve Mi nombre.¹⁵

¡Oh Hijo del Ser! No atribuyas a ningún alma lo que no te habrías atribuido a ti y no digas aquello que no haces. Este es Mi mandato para ti; obsérvalo.¹⁶

¡Oh Hijo del Ser! Pídete cuentas a ti mismo cada día, antes de que seas llamado a rendirlas; pues la muerte te llegará sin aviso y serás llamado a dar cuenta de tus actos.¹⁷

¡Oh Hijo del Polvo! En verdad te digo: de todos los hombres el más negligente es aquel que disputa inútilmente y trata de sobresalir por encima de su hermano. Dí: ¡Oh hermanos! Que las acciones, y no las palabras, sean vuestro adorno.¹⁸

Sé generoso en la prosperidad y agradecido en la adversidad. Sé digno de la confianza de tu prójimo, y mírale con rostro resplandeciente y amistoso. Sé para el pobre un tesoro, para el rico, un amonestador; sé uno que responde al llamado del menesteroso, y guarda la santidad de tu promesa. Sé recto en tu juicio y moderado en tu palabra. No seas injusto con nadie, y a todos muestra mansedumbre. Sé como una lámpara para quienes andan en tinieblas, una alegría para los entristecidos, un mar para los sedientos, un asilo para los afligidos, un sostenedor y defensor de la víctima de la opresión. Que la integridad y rectitud distingan todos tus actos. Sé un hogar para el forastero, un bálsamo para el que padece, un baluarte para el fugitivo. Sé ojos para el ciego y una luz de guía a los pies de los que yerran. Sé un ornamento del semblante de la verdad, una corona sobre la frente de la fidelidad, un pilar del templo de la rectitud, un hálito de vida para el cuerpo de la humanidad, una insignia de las huestes de la justicia, un lucero sobre el horizonte de la virtud, un rocío para la tierra del corazón humano, un arca en el océano del conocimiento, un sol en el cielo de la munificencia, una gema en la diadema de la sabiduría, una luz refulgente en el firmamento de tu generación, un fruto del árbol de la humildad.¹⁹

VIII

La Senda del Aprendizaje y el Nuevo Orden Mundial

Los acontecimientos de los últimos tiempos han creado repentinamente en el pensamiento de los líderes del planeta la idea de un nuevo orden mundial. Aunque, al estar motivados en gran parte por intereses económicos y políticos particulares, sus conceptos están todavía muy lejos de ese ideal, es un hecho incontrovertible que la humanidad marcha hacia una civilización global. Tal como se deduce de las ideas expuestas en algunos de los pasajes acabados de citar, en el nuevo orden no habrá lugar a una supremacía de algunas naciones sobre las otras, y la civilización que habrá de establecerse recibirá contribuciones significativas de todos los pueblos y culturas de la tierra.

Surge entonces el interrogante acerca del papel que jugarán los pueblos latinoamericanos en este movimiento hacia la unificación de la raza humana, y la forma que tomará la organización de sus instituciones gubernamentales y no gubernamentales en la próxima etapa de esta evolución. A pesar de que las decisiones complejas con relación a una unidad latinoamericana que contribuya en forma autóctona y significativa al surgimiento de un nuevo orden se tomarán seguramente en ámbitos inasequibles para la mayoría de personas que he propuesto aquí como facilitadores de aprendizaje, es innegable que el discurso que se establezca entre las masas por medio del camino del aprendizaje no puede quedarse

al margen de esta tendencia histórica inevitable de unificación. Tratar de explorar los temas del nuevo orden que deberían incorporarse en el discurso de las masas, tales como la conciencia clara de la conexión íntima entre la justicia y la unidad, el balance delicado que debe existir entre lo local y lo global, y la armonía que debe moldear las relaciones entre la cultura de un grupo específico y la civilización mundial de la que debe hacer parte esa cultura, rebasaría los límites de este ensayo. Sólo quisiera mencionar, como punto final de estas reflexiones, el pensamiento de que las masas, involucradas en un proceso de aprendizaje, jugarán un papel muy importante en empujar a sus gobiernos hacia los caminos de la unidad, asegurando que las nuevas estructuras no se conciban para el beneficio de las minorías privilegiadas, sino que lleguen a ser verdaderas depositarias del principio de la justicia, principio que debe regir las interacciones entre los individuos y las instituciones, desde el nivel más local hasta el más global. Así el nuevo orden mundial será una verdadera respuesta a las justas aspiraciones y los profundos anhelos de los pueblos latinoamericanos.

Referencias Bibliográficas

1. Bahá'u'lláh, *Las Palabras Ocultas*.
2. Bahá'u'lláh, *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*.
3. 'Abdu'l-Bahá, *El Secreto de la Civilización Divina*.
4. 'Abdu'l-Bahá, *La Promulgación de la Paz Universal*.
5. Ibid.
6. Shoghi Effendi, *El Desarrollo de la Civilización Mundial*.
7. 'Abdu'l-Bahá, *Selecciones de los Escritos de 'Abdu'l-Bahá*.
8. Shoghi Effendi, *La Meta de un Nuevo Orden Mundial*.
9. Casa Universal de Justicia, *La Promesa de la Paz Mundial*.
10. Bahá'u'lláh, *Las Palabras Ocultas*.
11. Ibid.
12. Ibid.
13. Ibid.
14. Bahá'u'lláh, *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*.
15. Bahá'u'lláh, *Las Palabras Ocultas*.
16. Ibid.
17. Ibid.
18. Ibid.
19. Bahá'u'lláh, *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*.